



OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE



El  
retrato

Nikolai Gogol

(1809-1852)

# EL RETRATO

**Nikolai Gogol**

Primera parte .....	2
Segunda parte.....	57



## Primera parte

En parte alguna se detenía tanta gente como ante la pequeña tienda situada en el pasaje de Schukin. En efecto, esta tienda ofrecía una colección muy variada de curiosidades: los cuadros en su mayoría estaban pintados al óleo, barnizados de verde oscuro y colocados en marcos de oropel, de un amarillo subido. Un paisaje de invierno, con árboles blancos; un atardecer muy rojizo, semejante a un incendio; un campesino flamenco con pipa y un brazo dislocado, que se parecía más bien a un galápago con puños que a un hombre. Tales eran sus motivos o argumentos favoritos. A todo esto hay que agregar unos grabados, un retrato de Josev Mirza con gorro de piel de carnero y unos retratos de unos generales con tricornios y nariz aguileña.

Además, las puertas de esta clase de tiendas suelen estar llenas de obras litográficas, estampadas en grandes hojas, que dan testimonio del talento instintivo del hombre ruso. En una aparecía la zarina, Miliktrisa Kirbitievna; en otra, la ciudad de Jerusalén, a cuyas casas e iglesias se les había aplicado, sin más ni más, una pintura roja, que envolvía también una parte de la tierra, y dos campesinos rusos con manoplas en actitud de orar.

No hay, ciertamente, muchos compradores para estas producciones y, sin embargo, abundan los espectadores. Algún lacayo holgazán se detiene fácilmente ante ellas con una



marmita en la mano, en la que suele llevar la comida del restaurante para su amo, quien, sin duda alguna, se ve obligado a comer la sopa no muy caliente, por causa del criado. Junto a él, se halla con dignidad algún soldado, envuelto en su capote, asiduo frequentador del mercado, que ofrece dos cortaplumas, y una vendedora de Ojta con una caja llena de zapatos.

Cada cual se entusiasma a su manera; los campesinos, por lo general, señalan con el dedo; los caballeros suelen contemplar con aire grave; los jóvenes artesanos se ríen y se burlan unos de otros, haciendo mofa de las caricaturas; los viejos lacayos, con sus capotes de frisa, los miran para pasar solamente el tiempo, y las vendedoras, jóvenes mujeres rusas, acuden por instinto a escuchar los chismes de la gente y miran lo que miran los demás.

Por aquel entonces se detuvo, sin querer, delante de la tienda, un joven pintor, llamado Chartkov, que por casualidad pasaba por el pasaje. Su viejo capote y su traje modesto revelaban que era un hombre que se consagraba a su trabajo con abnegación y no tenía tiempo para preocuparse de su ropa, lo que siempre suele tener un misterioso atractivo para la juventud. Se paró delante de la tienda, y al principio aquellos horribles cuadros le hicieron reír. Por fin empezó sin querer a reflexionar sobre quién podría necesitar aquellas producciones. No le extrañaba que el pueblo ruso se entusiasmase por ese Jeruslan Lazarevich, comilón y bebedor, por Foma y Erioma. Los objetos representados eran perfectamente comprensibles para el pueblo. Pero ¿dónde están los compradores de esos abigarrados y sucios pintarrajos al óleo? ¿A quién podrían gustar esos



campesinos flamencos, esos paisajes rojos y azules, que intentan demostrar en cierto modo un afán por alcanzar un nivel artístico superior, pero en el que se refleja su profundo fracaso y humillación?

Al parecer, aquéllas no eran las obras de un niño que pintase sin ayuda de maestro. De serlo, se hubieran manifestado algunos rasgos de ingenio en el maremágnum de inexpresivas caricaturas.

Allí no se veía más que estupidez, impotencia estética, decrepitud de talento introducido subrepticamente en los reinos del arte; solamente en los oficios inferiores puede manifestarse esa constancia y fidelidad vocacional del temperamento rampplón que pretende llevar sus normas currinches a las moradas del arte puro.

Los colores de aquella dantesca exposición eran idénticos en todos los cuadros, como idéntico era su estilo, dimanantes ambos de un autómatas toscamente constituido antes que de un hombre.

Durante mucho tiempo permaneció delante de esos sucios cuadros, y casi sin pensar en ellos. Mientras tanto, el amo de la tienda, hombre sin importancia, vestido con capote de frisa y con la barba sin afeitar desde el domingo, le hablaba con insistencia y regateaba el precio, sin saber lo que a él le gustaba y lo que iba a comprar.



—Aquí, por estos campesinos y este pequeño paisaje, no le cobraré más de un billete de banco. ¡Mire qué pintura! Salta a la vista, por decirlo así; acaban de llegar estos cuadros, y el barniz no está aún seco. Pero si no, aquí tiene un paisaje de invierno. ¿Por qué no lo compra usted? Cuesta tan sólo quince rublos. ¡El marco solo los vale! ¡Mire qué invierno!

Aquí el comerciante tecléo ligeramente con las puntas de los dedos en el lienzo, para demostrar probablemente la calidad del invierno.

—¿Desea el señor que los ate y los mande a su casa? ¿Su dirección, por favor? Tú, muchacho, tráeme una cuerda.

—Espera, hermano, no tan de prisa —dijo el pintor, interrumpiendo sus meditaciones, al ver que el vivaz comerciante se disponía a atarlos efectivamente.

Le resultaba desagradable no comprar nada después de haber pasado tanto tiempo en la tienda, y dijo:

—Espera, a ver si encuentro aquí algo para mí.

E inclinándose empezó a levantar del suelo los viejos mamotretos cubiertos de polvo, los cuales, evidentemente, no eran muy apreciados. Allí había antiguos retratos de antepasados, cuyos descendientes, seguramente, no se podrían encontrar en el mundo entero; pinturas desconocidas, con el lienzo roto y los marcos sin dorado. En una palabra: viejos trastos. Pero el pintor se puso a examinar pensando: "Quizá se



encuentre algo". Muchas veces había oído decir cómo los cuadros de los grandes artistas habían sido descubiertos a veces entre los cachivaches de una tienda.

Al ver adónde había ido a parar el pintor, el propietario se mostró menos servicial y volvió a ocupar su puesto delante de la puerta con su postura habitual, llena de dignidad, como era conveniente a su negocio, llamando a los transeúntes, a la par que señalaba con una mano su tienda.

— ¡Ven acá, padrecito! ¡Hay cuadros! Pase, pase.

Se desgañitaba, pero casi siempre sin conseguir efecto alguno ni alcanzar éxito; charlando hasta no poder más con el vendedor de retales, que estaba también a la puerta de la tienda. Al fin, acordándose del comprador que estaba en el interior, dio la espalda a los que estaban en la calle y entró.

— Qué, padrecito, ¿ha escogido usted algo?

Pero el pintor desde hacía ya un buen rato permanecía inmóvil ante un cuadro, un retrato con marco grande, que en algún tiempo debiera de haber sido magnífico, pero en el que entonces apenas si brillaban los vestigios del pasado.

Representaba a un anciano con el rostro de color bronceado, delgado y con los pómulos salientes; parecía como si el artista hubiese captado sus facciones en el movimiento convulsivo y no produjesen la impresión de vigor nórdico. El ardiente Sur se reflejaba en ellos. El anciano vestía un holgado traje asiático.



Aun cuando el retrato estaba deteriorado y lleno de polvo, logró, después de haberlo limpiado, descubrir en él vestigios de la obra de un gran artista. Parecía como si el retrato estuviese inconcluso, pero el vigor del pincel era grandioso. Lo más extraño eran sus ojos. En ellos el artista parecía haber concentrado toda la fuerza del pincel y toda su habilidad. Le miraba a uno como si dijéramos saliéndose del retrato, deshaciendo toda la armonía por su singular viveza. Cuando acercó el retrato a la puerta, los ojos le miraron todavía con más fuerza. Estos ojos causaron casi la misma impresión en todos los presentes. Una mujer que se había detenido detrás de él exclamó: "¡Me mira!" Y retrocedió. El pintor experimentaba una sensación desagradable e incomprensible y colocó el retrato en el suelo.

—Qué, ¿se lleva usted este retrato? dijo el propietario.

—¿Cuánto quieres por él? preguntó el artista.

—No le voy a pedir mucho. Deme 75 kopeks.

—No.

—¿Cuánto entonces?

—Veinte —dijo el pintor en actitud de marcharse.

—¡Pero qué precios ofrece usted! Por 20 kopeks ni el marco se puede comprar. ¡Señor, señor, vuelva usted! ¡Ponga 10 kopeks más! ¡Lléveselo, lléveselo y deme los 20 kopeks! Pues bien: si le





digo la verdad, se lo doy para poder comenzar la venta, porque es usted el primer comprador.

Y al pronunciar estas palabras, hizo un ademán como diciendo: "¡Qué se le va a hacer! Perderemos el cuadro".

De esta manera, Chartkov compró inesperadamente el viejo retrato, y pensó al mismo tiempo: "¿Para qué lo habré comprado?" Pero ya era tarde. Sacó del bolsillo una moneda de 20 kopeks y la entregó al propietario de la tienda, y cogiendo el retrato debajo del brazo, se lo llevó.

En el camino recordó que los 20 kopeks que acababa de dar eran los últimos que él tenía. Sus pensamientos se tornaron más funestos, se enojó y tuvo hasta cierta sensación de indiferente vacuidad. "¡Diablos, qué mal se vive en este mundo!", pensó para sí, como piensan todos los rusos cuyos asuntos no van bien. Y malhumorado, sin darse cuenta, siguió caminando a grandes pasos. El brillo del sol poniente teñía de rojo oscuro la mitad del cielo, y sus rayos, ya tibios, bañaban aún un poco las casas que miraban a aquel lado; pero ya iba brillando con creciente intensidad el frío azulado y claro de la luna. Las semitransparentes sombras de las casas y de las personas se proyectaban en la tierra. El pintor quedó admirado del cielo, en el que brillaba una luna transparente, tenue y vaga, y se le escaparon las siguientes palabras:

— ¡Qué matiz más delicado! ¡Qué pena, diablos!



Colocó más cómodamente el retrato, que se resbalaba debajo del brazo, y apresuró el paso.

Cansado y todo sudoroso, se arrastró hasta su casa, situada en la decimoquinta línea de la isla de Vasilievski. Con gran dificultad y afanosamente subió las escaleras, que estaban sucias y empapadas con agua y basura, y en las que se veían las huellas de los gatos y perros. Nadie respondió a su llamada a la puerta. El criado no estaba en casa. Se apoyó en la ventana y decidió esperar con paciencia, hasta que por fin oyó detrás de sí los pasos de un joven que vestía una camisa azul; era el *factotum*, su modelo y su moledor de colores; era el que barría el piso y el que en seguida volvía a ensuciarlo con sus botas.

Se llamaba Nikita, y durante la ausencia de su amo solía pasar todo el tiempo fuera de casa. Nikita tuvo muchas dificultades para dar con el ojo de la cerradura, poco visible, debido a la oscuridad. Por fin, se abrió la puerta. Chartkov entró en el vestíbulo, en donde hacía un frío inaguantable, como suele suceder en la mayor parte de las viviendas de los artistas, y que, por regla general, ellos no perciben. Sin entregar el capote a Nikita, pasó al estudio, habitación grande, rectangular, de techo bajo, cuyos vidrios estaban cubiertos con una gruesa capa de hielo y donde había una gran cantidad de cachivaches artísticos: fragmentos de manos de escayola, bastidores, apuntes empezados y luego dejados, y paños colgando de las sillas.

Estaba muy cansado; se quitó el capote, colocó distraído el retrato que había traído entre dos pequeños lienzos y se echó



sobre un estrecho diván, del cual no se podía decir que estuviera revestido de cuero, puesto que las filas de clavitos de cobre que en otros tiempos lo sujetaban hace mucho que se habían perdido, dejando el cuero suelto, de modo que Nikita podía guardar debajo de él los calcetines negros, las camisas y toda clase de ropa sucia. Después de haberse sentado y luego extendido, si cabe la palabra, en este estrecho diván pidió una vela.

—No hay vela —dijo Nikita.

—¿Cómo que no hay vela?

—Como que ayer tampoco la teníamos —respondió Nikita.

El artista recordó que, efectivamente, ayer tampoco tenían vela. Esto le tranquilizó, y permaneció callado. Dejó que Nikita le ayudara a desvestirse y se puso un muy gastado batín.

—Vino el patrón —prosiguió Nikita.

—Claro, vino por el dinero —dijo el artista con ademán despectivo.

—Pero no vino solo —dijo Nikita.

—¿Quién más?

—No sé quién era..., posiblemente algún agente de policía.



– Y el agente de policía, ¿para qué vino?

– Ignoro con qué fin; dijo que venía porque el alquiler no estaba pagado.

– Pues no sé cómo va a acabar esto.

– Yo también lo ignoro; dijo el dueño que, si no quiere pagar, tendrá que abandonar el piso; mañana piensan volver los dos.

– Que vengan, pues –exclamó con indiferencia un tanto melancólica Chartkov, y un sentimiento triste y desolador se apoderó de él.

El joven Chartkov era un artista con talento que prometía mucho. Su pincel revelaba inspiración, talento observador y penetración y un ardiente deseo de aproximarse a la naturaleza.

– Mira, hermano – más de una vez le decía su maestro –, tienes talento. Sería un pecado echarlo todo a perder. Pero no tienes paciencia. Cualquier cosa te atrae, te gusta, y en seguida dejas todo y sólo te ocupas de ella. Lo demás ya carece de importancia, no tiene ya ningún valor para ti, ni tan siquiera lo miras. Ten cuidado de no llegar a ser un pintor moderno. Tus colores empiezan ya a ser demasiado fuertes. Tu dibujo pierde la severidad y a veces es verdaderamente débil, la línea se va esfumando; tiendes ya a los modernos efectos de la luz, a todo lo que te llama la atención a primera vista. Guárdate de no caer en el estilo de los ingleses. ¡Cuidado! El gran mundo comienza a atraerte; ya te he visto algunas veces con una de esas



bufandas, el último grito, y un sombrero de lustre. Es muy tentador pintar por dinero los cuadros y retratos según la última moda. Pero eso arruina el talento en vez de desarrollarlo. Ten paciencia. Esmérate en cada uno de tus trabajos, apártate del dandismo... ¡Que corran otros tras el dinero! El tuyo no se te escapará.

El maestro tenía razón en parte. En efecto, a nuestro artista a veces le gustaba ir de juerga o presumir un poco; en una palabra, mostrar que aún era joven. Pero con todo esto, también sabía dominarse. Cuando empezaba a trabajar se olvidaba de todo y sólo interrumpía su trabajo como se interrumpe un maravilloso sueño. El gusto se pasaba rápidamente. Aún no comprendía toda la profundidad de Rafael, pero le fascinaba el ligero y amplio pincel de Guido; se detenía ante los retratos de Tiziano y se entusiasmaba con la escuela flamenca.

El velo oscuro que cubre los cuadros antiguos aún no había desaparecido del todo para él, pero ya era capaz de penetrar de cuando en cuando en ellos, aunque en el fondo no estaba de acuerdo con el maestro en que nunca alcanzaremos a los clásicos. Hasta le parecía que el siglo XIX los aventajaba en muchos sentidos, que la reproducción del natural había llegado a ser más viva y más fiel. Tenía con respecto a esto las ideas características de la juventud que comienza a comprender algo, consciente y orgullosa de ello en su fuero interno. A veces le fascinaba el ver que un pintor extranjero, francés o alemán, que a menudo ni siquiera eran pintores en el verdadero sentido de la palabra, sólo por unas pinceladas ágiles y unos colores vivos, causaba sensación y acumulaba una fortuna en poquísimo



tiempo. Estas ideas no le surgían cuando quedaba absorto por el trabajo y se olvidaba de comer y de beber y de todo el mundo, sino cuando estaba o se encontraba en momentos de apuros y no tenía ni siquiera con qué comprarse pinceles ni colores, o cuando el fastidioso patrón se presentaba diez veces al día para cobrar el alquiler. Entonces, la vida del pintor rico se le aparecía con colores maravillosos en su imaginación famélica, y la idea tan familiar a la mente rusa de abandonarlo todo y de entregarse a la bebida de pena surgía en su cerebro. Ahora se encontraba casi en la misma situación.

—¡Sí, ten paciencia, ten paciencia! —Exclamó con enfado—. Pero al fin se me acaba la paciencia... ¡Ten paciencia! ¿Y con qué dinero pagaré mañana el almuerzo? Nadie me lo prestará, y si yo intentara vender mis cuadros y dibujos, no me darán ni siquiera 20 kopeks por ellos. Han sido útiles para mí, lo comprendo. No he trabajado en balde, algo he aprendido en cada uno de ellos. Pero ¿para qué me sirve esto? Son esbozos, ensayos... y seguirán siendo siempre esbozos y nada más... ¿Y quién los comprará sin saber mi nombre? ¿A quién hacen falta estos dibujos copiados del clásico antiguo, estos estudios, mi Psiquis no acabada, la perspectiva de mi cuarto y el retrato de Nikita, aunque en realidad éste es muy superior a los trabajos de un pintor de moda? Y a la postre, ¿por qué me atormento y me ajeteo como un alumno con el abecedario, si podría brillar como los demás y ganar dinero como ellos?

Al decir esto, el pintor se estremeció y se quedó repentinamente pálido. Un rostro convulsivamente desfigurado le miraba desde el lienzo. Unos ojos terribles se le clavaron



como si fueran a devorarlo, y en sus labios hubo como una amenazadora orden de silencio. Asustado, iba a lanzar un grito y a llamar a Nikita, que estaba ya roncando a todo roncar en el vestíbulo; pero de repente se detuvo y empezó a reírse. La sensación de miedo se desvaneció en un momento: era el retrato recién adquirido y que había olvidado por completo. El resplandor de la luna que bañaba toda la pieza iluminaba también el retrato y le daba una viveza extraña. El pintor lo miró atentamente y empezó a limpiarlo. Pasó varias veces por su superficie una esponja húmeda, le lavó con sumo cuidado y le quitó casi todo el polvo y manchas que le afeaban. Lo colgó en la pared delante de él, y la extraordinaria obra le dejó todavía más asombrado. Todo el semblante parecía más atormentado, y los ojos le miraron de tal modo, que se estremeció, y retrocediendo, exclamó todo perplejo:

– Me mira, me mira como si tuviera ojos humanos.

Recordó de repente una historia que su maestro le había contado acerca de un retrato del célebre Leonardo da Vinci, un retrato que el gran maestro consideraba como no acabado, a pesar de haber trabajado muchos años en él, y que, según las palabras de Vasari, todo el mundo calificó como su obra más perfecta y más acabada. Lo más notable en él eran los ojos, que sorprendían a los contemporáneos: hasta las venas más diminutas y apenas visibles no habían sido olvidadas y figuraban en el lienzo. Pero en el cuadro que estaba delante de él había todavía algo más extraño. Eso ya no era arte, eso hasta destruía la armonía del mismo retrato. Eran unos ojos humanos, unos verdaderos ojos. Parecían haber sido quitados,



arrancados de un rostro vivo e insertados en el retrato. Aquí no había el goce sublime que el alma siente ante una obra de arte, por horrible que sea el asunto representado; aquí sólo una sensación enfermiza, torturadora se apoderaba de uno.

—¿Qué es esto? —Se preguntó el artista—. Es naturaleza, naturaleza viva. ¿Por qué, entonces, esta sensación tan extraña y desagradable? ¿Acaso la imitación servil y escrupulosa de la naturaleza es una falta y nos hace el efecto de un grito chillón e inarmónico? O si uno se acerca al objeto de un modo indiferente, insensible, sin ningún interés íntimo, entonces éste aparece siempre sólo en su realidad horrorosa, sin ese brillo de una idea inconcebible y oculta; realidad que se nos revela cuando, deseando descubrir lo maravilloso de la persona, nos acercamos armados de escalpelo y nos hallamos en presencia de un monstruo.

¿Por qué en un artista la naturaleza sensible y común aparece iluminada y uno no percibe esa sensación vil, sino que, por el contrario, goza de algo sublime y todo fluye de un modo más apacible y más armónico? ¿Y por qué esa misma naturaleza aparece ordinaria y sucia en otro artista, que también permanece fiel a ella? Algo falta en ella —falta precisamente este algo sublime. De la misma manera un paisaje, por muy hermoso que sea, parece imperfecto si no lo ilumina un rayo de sol.

De nuevo se acercó al retrato para contemplar y ver esos ojos misteriosos, maravillosos, y con espanto vio realmente que le miraban. Eso ya no era una copia; era esa extraña animación





que había dado vida al retrato, al rostro de un muerto que se había levantado de la sepultura. ¿Fue el claro de luna el que trajo el delirio y el ensueño, y el que da a las cosas una forma distinta a la que tienen con la luz del día? ¿O quizá fue otra la causa? El caso es que, sin saber por qué, de repente sintió miedo de quedar solo en la habitación. Se alejó del retrato silenciosamente, pasó al otro lado y procuró no mirarlo; pero sin quererlo miraba de soslayo en aquella dirección. Tuvo hasta miedo de andar por la habitación; le parecía como si alguien le siguiera, y cada media vuelta, con timidez, miraba en torno suyo. Nunca fue cobarde, pero tenía la imaginación y los nervios muy sensibles, y aquella noche él mismo no podía explicar su temor instintivo.

Se sentó en un rincón; pero allí también tuvo la sensación de que alguien le seguía mirando, por encima de los hombros, en la cara. Ni el mismo ronquido de Nikita, que se oía en el vestíbulo, podía disipar su temor. Por fin, tímidamente, sin alzar la vista, se levantó de su asiento, dio un paso detrás del biombo y se acostó. A través de las rendijas del biombo vio la habitación iluminada por la luna y el retrato colgado en la pared. Los ojos se clavaron en él de un modo todavía más horrible y significativo. Y diríase que no querían mirar a nadie más que a él. Con una sensación de profundo malestar se decidió a levantarse, tomó la sábana y acercándose al retrato lo cubrió.

Una vez hecho esto, volvió a acostarse más tranquilo y comenzó a reflexionar sobre la pobreza de la vida de un artista. Pensó en el camino sembrado de espinas que le esperaba en

este mundo, y mientras tanto, sus ojos miraban sin querer a través de la rendija del biombo el retrato cubierto con la sábana. El resplandor de la luna realzaba aún más la blancura de la sábana, y le pareció que los horribles ojos brillaban a través del lienzo.

Con miedo miró fijamente, como si intentara convencerse de que todo aquello era una tontería. Pero ahora..., efectivamente..., veía, veía con toda claridad que el retrato estaba completamente descubierto y que le miraba por encima de todo. Miró como si quisiera penetrar en su interior, y sintió que el corazón se le helaba..., y súbito, repentinamente, vio al anciano moverse y apoyarse con ambas manos en el marco... Por fin, se enderezó, estiró sus piernas y saltó fuera del marco...

Por encima de la rendija del biombo ya no se vio más que el marco vacío. El ruido de los pasos resonaba en la habitación y se aproximaba más y más al biombo. El corazón del pobre artista palpitó fuertemente. Mientras tanto, apenas si osaba respirar de miedo, esperando que el anciano no tardara en asomar la cabeza por detrás del biombo. Y, en efecto, aquél, con su rostro bronceado y sus ojos enormes, miró... Chartkov quiso gritar, pero sintió que su voz se ahogaba en la garganta; intentó moverse, hacer algún movimiento, pero se sintió paralizado.

Con la boca abierta, respirando con dificultad, contemplaba este horrible fantasma de alta estatura, vestido con una holgada casulla asiática, y esperaba su proceder. El anciano se sentó casi a sus pies y acto seguido sacó algo de entre los pliegues de su ancho vestido. Era una bolsa. El viejo la desató, la agarró por las



dos puntas del fondo y la sacudió. Unos rollos pesados, que parecían largas columnas, cayeron al suelo con ruido sordo. Cada uno estaba envuelto en papel azul y llevaba la inscripción: "Mil ducados". Extendiendo sus largas y huesudas manos fuera de las anchas mangas, el anciano empezó a abrir los rollos. El oro brilló.

No obstante la penosa emoción y el miedo que le aturdía, el artista miraba fijamente el oro y observaba cómo se desenrollaba en las huesudas manos. Brillaba, tintineaba vagamente y volvía a envolverse.

De repente, vio un rollo que había caído al suelo, separándose de los demás y rodando hasta la pata próxima a la cabecera. Casi convulsivamente lo agarró y, medio muerto de miedo, miró a ver si el anciano no lo echaba de menos. Más éste parecía estar muy ocupado. Recogió sus cartuchos, volvió a meterlos en la bolsa, y sin mirar al pintor, pasó al otro lado del biombo.

Chartkov tuvo palpitaciones al oír alejarse los pasos. Apretó, estrechando fuertemente el rollo en su mano temblorosa y haciendo fuerzas con todo el cuerpo; pero de repente oyó de nuevo los pasos que se acercaban al biombo. Era evidente que el anciano se había dado cuenta de la falta de un cartucho y volvía a echar una mirada detrás del biombo. Lleno de desesperación, agarró con toda su fuerza el cartucho, hizo un supremo esfuerzo para moverse, dio un grito y se despertó.



Estaba bañado en un sudor frío. Sintió fuertes palpitaciones en el corazón y tuvo un ahogo, como si perdiera hasta la respiración.

"¿Será posible que esto sea un sueño?", Se preguntaba, cogiéndose la cabeza con ambas manos. Pero ¡qué extraña vitalidad la de la aparición!, no parecía un sueño, puesto que estando ya despierto había visto al anciano salir del marco, ondear el borde de su holgado vestido y su mano sentía aún la sensación de haber tenido agarrado hacía tan sólo un minuto un pesado objeto. La luna iluminaba la habitación y hacía resaltar ya un caballete, ya una mano de yeso, ora unos paños dejados en una silla, unos pantalones o unos zapatos sin limpiar. Fue sólo entonces cuando Chartkov notó que no estaba en la cama, sino que se encontraba de pie y exactamente enfrente del retrato. ¿Cómo había llegado hasta allí? No acertaba a explicárselo. Pero le extrañó todavía más ver que el retrato no estaba cubierto. En efecto, la sábana había desaparecido. Comenzó a mirarlo inmóvil, y lleno de espanto, vio clavarse en él unos ojos vivos y humanos. Notó que la cara se le cubría de sudor frío, y nuevamente intentó marcharse, pero no pudo mover los pies. Y entonces se dio cuenta de que no era un sueño, que las facciones del anciano se animaban y sus labios formaban hocico, como para chuparle... Con un grito de desesperación dio un salto atrás y se despertó.

"¿Será posible que esto tampoco no sea más que un sueño?", se preguntaba, pasando la mano por los objetos que estaban a su alrededor, mientras su corazón palpitaba fuertemente. Estaba tendido en la cama con idéntica postura que tenía



cuando se durmió. Delante de él estaba el biombo, y la luna iluminaba la habitación. Por las rendijas del biombo se veía el retrato cubierto cuidadosamente con la sábana, tal como lo tapara él mismo. ¡Habría soñado otra vez!... Pero su mano cerrada conservaba aún la impresión de tener agarrado algo. El corazón le latía con violencia y una sensación de angustia le oprimía el pecho. Atisbó a través de la rendija y sus miradas se fijaron en la sábana. Y entonces vio con toda claridad que ésta iba bajando, como si unas manos se moviesen debajo y trataran de quitarla.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —exclamó desesperado, persignándose, y se despertó—. ¡Acaso esto ha sido otro sueño!

Saltó de la cama, medio loco y aturdido, incapaz de comprender lo que le pasaba. ¿Sería una pesadilla, un delirio o una aparición llena de vida? Procurando calmarse y apaciguar la sangre que le bullía por todas las venas, se acercó a la ventana y la abrió. Una ráfaga de viento frío le dio en pleno rostro y le hizo reaccionar un poco. La claridad diáfana de la luna iluminaba todavía los techos y las blancas paredes de las casas, y, de tarde en tarde, cruzaban por el cielo unas pequeñas nubes. El silencio reinaba en todas partes, y de cuando en cuando llegaba a sus oídos el traqueteo lejano de un coche de alquiler, cuyo conductor dormitaba en algún recóndito callejón mecido por su perezoso jamelgo, en la espera de algún tardío pasajero. Chartkov estuvo mucho tiempo mirando por la ventana. En el cielo asomaban ya las señales que preceden a la aurora, cuando el artista, por fin, sintió deseos de dormir y



cerró la ventana de un golpe. Se acostó y no tardó en caer en un pesado y profundo sueño.

Despertó muy tarde, con la sensación desagradable que se experimenta después de una intoxicación: tenía un fuerte dolor de cabeza. La habitación ofrecía un aspecto triste; una glacial humedad penetraba a través de las hendiduras de las ventanas, tapadas con cuadros y bastidores. Todo malhumorado y sombrío, cual gallo mojado, se sentó en el desgarrado diván sin saber qué hacer, y se acordó por fin de su sueño. Éste se había apoderado con tanta fuerza de su imaginación, que llegó a sospechar que tal vez no era sólo un sueño o un delirio, sino una auténtica visión.

Recogió la sábana y miró fijamente a la luz del día este horrible retrato. En efecto, los ojos asombraban por su expresión extraordinariamente viva; pero no pudo descubrir en ellos nada particularmente horrible; sólo quedaba en su alma una indefinible impresión angustiosa e inexplicable. Con todo, no se inclinaba a pensar que aquello había sido algo más que un sueño. Le parecía que éste encerraba un dejo horrible y de realidad. Le parecía que en la mirada misma y en la expresión del anciano había algo que revelaba que él había estado allí aquella noche. Su mano percibía aún el apretón, como si otra mano se hubiera retirado de ella sólo pocos momentos antes. Chartkov estaba convencido de que el cartucho había seguido en su mano aun después de despertarse. De haberlo agarrado aún con más fuerza, todavía estaría en su poder.



—¡Dios mío! ¡Si sólo una parte de ese dinero fuese mía!  
—exclamó el pintor, suspirando profundamente.

Y en su imaginación vio caer de la bolsa todos los rollos en los que se leían las seductoras palabras: "Mil ducados". Los cartuchos se abrían, el oro relucía y acto seguido tornaba a ser envuelto; mas él permaneció inmóvil, con la mirada ausente en el espacio, sin poder apartarse de aquel objeto, como un niño cuando, sentado delante de un rico manjar o un dulce delicioso, se le hace agua la boca.

Por fin, oyó que llamaban a la puerta, y eso le hizo volver en sí de un modo molesto. Entró el patrón, y con él el inspector de policía, cuya presencia, como es sabido, resulta desagradable a la gente humilde más que al rico.

El dueño de la pequeña casa donde vivía Chartkov era una de estas personas que poseen una casita en alguna parte de la decimoquinta línea de la isla de Vasilievski, o en el barrio de Petersburgo, o en algún rincón apartado de Kolemna...; era persona de las que existen todavía en gran número en Rusia y cuyo carácter es tan difícil de determinar como el color de un traje gastado.

En su juventud había sido capitán y bastante alborotador, y también había estado empleado en asuntos civiles: virtuoso de la paliza, hábil, fanfarrón y tonto. Ahora, en su vejez, todas estas notables características se fundían en cierta vaguedad. Por aquel entonces era ya viudo, había tomado el retiro y dejó de ser fanfarrón: ya no era tan presumido, y sólo le gustaba tomar



el té y charlar; entre tanto, otra de sus ocupaciones consistía en dar vueltas por la habitación y despabilar la vela de sebo. Al fin de cada mes visitaba con puntualidad a sus inquilinos para cobrar el alquiler, salía a la calle con la llave en la mano para mirar el tejado de su casa y echaba repetidas veces al portero de su cuarto, adonde éste acostumbraba ir a dormir. En una palabra, era un hombre retirado, al que después de una larga vida libertina, y después de haber correteado mucho por este mundo, no le quedaban más que unas costumbres vulgares.

—Vea usted mismo, Varuj Kusmich —dijo el patrón, volviéndose al inspector de policía y haciendo un ademán expresivo—, no paga el alquiler. ¡No paga!

—Pues ¿qué quiere que haga si no tengo dinero? ¡Espere algún tiempo y ya pagaré!

—No puedo esperar, padrecito —replicó el patrón con violencia, haciendo un ademán con la llave que tenía en la mano. El coronel Potogonkin vive ya siete años en mi casa; Ana Petrivna Bujmisterova me paga el alquiler de un henil y de una cuadra para tres caballos (¡tiene tres criados!). Ya ve usted qué inquilinos tengo. Francamente, le aseguro que en mi casa no hay esta costumbre de atrasar el pago del alquiler. Sírvase pagar en seguida o desocupar el piso.

—Debe pagar si se ha comprometido a ello —dijo el inspector, meneando levemente la cabeza y poniendo el dedo detrás del botón de su uniforme.





—Pero ¿con qué he de pagar? Ésta es la cuestión. Ahora no tengo un centavo.

Entonces debe usted compensar a Iván Ivanovich con algunas de sus producciones artísticas —dijo el inspector— quizá acceda él a hacerse pagar el alquiler en cuadros.

—No, padrecito, te agradezco los cuadros. Si fueran cuadros de argumento noble y pudiesen colgarse en la pared..., un general, por ejemplo, con su venera, o el retrato del príncipe Kutusov; pero él pinta un *mujik* en mangas de camisa, que es su criado y le muele los colores. ¡Hacer un retrato de ese cochino! ¡Le voy a romper los huesos! ¡Vaya bribón! Mire qué argumentos escoge. Por ejemplo, pintar su habitación. Si por lo menos hubiera pintado una habitación limpia, bien arreglada.

¡Pero, no; tal y como está, con todo el polvo y la basura que hay en todas partes! Mire cómo ha ensuciado el cuarto. ¡Ya lo ve usted mismo! En mi casa los inquilinos viven ya siete años; un coronel, por ejemplo, y la señora Bujmisterovna Ana Petrovna... A fe mía, tengo que decirle que no hay peor inquilino que el pintor. ¡Vive como un puerco!

El pobre pintor tuvo que escuchar todo eso con paciencia. El inspector, mientras tanto, examinaba los cuadros y los bosquejos, con lo cual revelaba que tenía el alma más sensible que el patrón y no despreciaba las impresiones artísticas.

—¡Eh! —dijo, señalando con el dedo un lienzo que representaba una mujer desnuda—. El asunto es bastante



picante...; y ese tipo, ¿por qué tiene debajo de la nariz una mancha negra? ¿Se ha ensuciado con el tabaco?

—Es una sombra —replicó severamente sin mirarle Chartkov.

—Se la podía haber puesto en otra parte; resulta demasiado visible debajo de la nariz —dijo el inspector—. Y ese retrato, ¿de quién es? —Prosiguió, acercándose al retrato del anciano—. ¡Es horrible! ¿Habrá sido tan terrible en realidad? ¡Dios mío! ¡Parece que lo mira a uno! ¡Qué expresión! ¿Quién ha servido de modelo para este retrato?

—Pues es un... —dijo Chartkov, pero no acabó la frase, pues se oyó un crujido.

Por lo visto, el inspector había agarrado con demasiada fuerza el marco del retrato, con la torpeza de sus manos policiales. Los listones laterales se habían roto, uno de ellos cayó al suelo, y junto con él rodó, tintineando, un rollo envuelto en papel azul. Chartkov fijó la mirada en la inscripción: "Mil ducados". Como un loco se precipitó sobre el cartucho para recogerlo, lo apretó convulsivamente con la mano, que bajó, debido a la pesada carga.

—Diríase haber oído un sonido como de dinero —dijo el inspector, que había oído caer al suelo un objeto que tintineaba, y a quien la rapidez con que Chartkov acudió, impidió ver lo que era.



– Y a usted, ¿qué le importa lo que tengo?

– Me interesa, porque debe pagar en seguida el alquiler al patrón. Además, si usted tiene dinero, ¿cómo es que no quiere pagar?

– Pues bien: le pagaré hoy mismo.

– ¿Por qué no quiso pagar antes? ¿Por qué molesta al patrón y a la policía también?

– Porque no quería echar mano de este dinero. Pero le pagaré todo esta noche, y mañana mismo me marcharé de este cuarto, porque no quiero vivir más en casa de semejante patrón.

– Ya ve usted, Iván Ivanovich, el pintor le pagará todo – dijo el inspector volviéndose al patrón—. Pero si esta noche no queda usted debidamente satisfecho, entonces ya verá el señor pintor...

Dicho esto, se puso el tricornio y salió al vestíbulo. El patrón le siguió con la cabeza inclinada y al parecer algo pensativo.

– ¡Gracias a Dios, el diablo se los ha llevado! – dijo Chartkov al oír cerrarse la puerta del vestíbulo tras ellos.

Hubo de echar una nueva mirada al vestíbulo; mandó a Nikita a un recado, con el fin de quedarse solo, y cerró la puerta. Volvió a la habitación y, con el corazón en un hilo, empezó a desenvolver el cartucho.



¡Contenía ducados! Todos ellos nuevos, resplandecientes como el fuego... Casi enloquecido, permanecía sentado con la cabeza inclinada sobre el montón de dinero, sobre el oro, y se preguntaba una y otra vez si todo esto no sería nada más que un sueño. El cartucho contenía 1 000 ducados, ni más o menos, y su aspecto exterior era igual al de los que había soñado. Durante unos minutos los miró, aún no pudiendo volver en sí. En su imaginación surgieron de repente todas las historias de tesoros y cofrecillos con secretos que los previsores antepasados habían dejado a sus nietos, porque estaban seguros de la futura ruina de éstos. Pensó que a lo mejor en este caso se le ocurrió al abuelo dejar el regalo a su nieto escondiéndolo en el marco del retrato de familia.

Lleno de ideas románticas, hasta empezó a pensar si existía una relación secreta entre este episodio y su destino, si la existencia de este retrato no guardaba alguna relación con su propia existencia y si el mismo acto de adquirirlo no era un indicio de algo que le estaba predestinado.

Examinó con curiosidad el marco del retrato. De un lado había una ranura tapada con una tablilla de modo tan hábil e imperceptible, que los ducados habrían estado ocultos allí durante una eternidad, si la potente y torpe mano del inspector de policía no hubiera cometido una infracción.

Contempló el retrato y volvió a admirar su perfecta ejecución y el dibujo extraordinario de sus ojos. Ya no le parecían tan horribles; no obstante, le causaron todavía una sensación desagradable.



"No – pensó –. De quienquiera que sea el abuelo, te cubriré con un cristal y te mandaré hacer un marco dorado."

Dejó caer la mano sobre el montón de oro que había delante de él, y su corazón latió aceleradamente al sentir este contacto.

"¿Qué voy a hacer con este oro? – pensó, fijando la mirada en él –. Ahora ya está mi vida asegurada, por lo menos para unos tres años; ya puedo, pues, encerrarme en mi habitación y trabajar. Tengo dinero suficiente y de sobra para colores, comida y té, y para pagar el alquiler y cubrir las demás necesidades. Ya nadie me molestará ni me estorbará. Me compraré el mejor maniquí, encargará un torso de yeso, mandaré modelar pies, colocará una Venus, compraré reproducciones y grabados de los mejores cuadros. Y así trabajaré durante estos tres años, pero para mí solo, sin precipitación, sin pensar en la venta; no tardaré en dejar atrás a mis colegas y podré llegar a ser un buen artista."

Así habló, de acuerdo con la razón; pero en su fuero interno sonaba otra voz más sonora. Sus veintidós años y su impetuosa juventud ansiaban otra cosa. Ahora tenía en su poder todo lo que había mirado con ojos envidiosos, lo que admiraba de lejos, mientras se le hacía la boca agua.

¡Ah! Cómo palpitó su brioso corazón al pensar sólo en ello, ante la idea de poder ponerse un moderno frac, de cometer excesos por fin, después del ayuno prolongado, de alquilar un bonito cuarto, de ir en seguida al teatro, a la confitería aun...,



etcétera, etcétera. Se metió el dinero en el bolsillo, y a los pocos segundos ya estaba en la calle.

Fue, en primer lugar, a una sastrería, donde se equipó de pies a cabeza, mirándose continuamente como un niño; compró perfumes y cremas. Después alquiló, sin regatear, el primer piso de lujo que encontró en la perspectiva Nevski, con espejos y vidrios de luna. Adquirió en una tienda, al parecer y sin querer, unos impertinentes caros y un sinnúmero de corbatas, muchas más de las que necesitaba. Se hizo ondular el pelo en una peluquería. Sin objeto alguno dio dos vueltas por la ciudad. Se atiborró de bombones en una confitería y luego fue a un restaurante francés; hasta entonces no conocía más que uno, llamado el "Imperio Chino". Todo esto lo hizo en coche. Allí comió orgulloso, echando miradas altivas, y se atusó repetidamente el cabello ondulado delante del espejo, y se bebió una botella de champaña, que conocía hasta entonces tan sólo de oídas.

El vino le mareó un poco, y salió a la calle un tanto achispado, como se dice en Rusia: "*Ni hermano del mismo diablo*". Cual petimetre se paseó por la acera, mirando a todo el mundo a través de sus impertinentes. En el puente encontró a su ex maestro, y pasó rápido junto a él, como si no le hubiera visto, de modo que éste quedó inmóvil durante largo rato, con una expresión interrogante en su rostro.

Aquella misma noche mandó traer a su piso, a su magnífico piso, todas sus cosas: el caballete, los cuadros y los lienzos. Colocó en los lugares donde saltaba a la vista todo lo que tenía



valor, y lo demás lo tiró en un rincón, y mirándose siempre en los espejos, dio vueltas por sus elegantes habitaciones. En su alma nació un deseo irresistible de coger la fama por los cabellos y darse a conocer a todo el mundo. Ya le parecía oír exclamaciones como éstas: "¡Chartkov, Chartkov! ¿Vio usted el cuadro de Chartkov? ¡Qué talento tiene Chartkov!" Entusiasmado, daba vueltas por su habitación, dejando volar su imaginación.

Al día siguiente se presentó con una docena de ducados al director de un periódico de gran circulación, para solicitarle su generosa ayuda. El periodista le recibió con suma amabilidad, le trató de "distinguido", le estrechó ambas manos y le preguntó con detalles sobre su nombre, apellido y dirección... Y al día siguiente se publicó en el periódico —inmediatamente después de un anuncio de velas de sebo recién hechas— un artículo con el siguiente título: *El talento excepcional del pintor Chartkov.*

"Nos apresuramos a dar a los habitantes cultos de la capital la buena nueva de una revelación magnífica y sensacional en todos los sentidos. Todos convienen en que hay entre nosotros muchas fisonomías encantadoras y rostros de singular belleza; pero hasta ahora no había medio de trasladarlos al lienzo mirífico para la posteridad. Ahora se ha suplido esta falta. Ha surgido entre nosotros un artista que reúne todo cuanto necesitamos. De hoy en adelante toda mujer hermosa puede estar firmemente convencida de poderse hallar reproducida en el retrato con toda la gracia de su belleza céltica, fina, encantadora y fascinante, cual mariposa que revolotea por las flores primaverales.



"El respetable padre de familia se verá rodeado de los suyos; el comerciante, el militar, el burgués, el hombre de Estado, todos seguirán su carrera con redoblado afán. Apresuraos, apresuraos a acudir todos los que estáis en el paseo público o de visita en casa de un amigo o de una prima, o los que estáis en una tienda elegante, o dondequiera que sea. El estudio magnífico del pintor (perspectiva Nevski número...) está repleto de retratos, y son obras dignas de un Van Dyck o de un Tiziano. No se sabe qué admirar más: si la semejanza con los originales o el vigor e ímpetu del pincel. ¡Dichoso de ti, artista mío; te sonrío la fortuna! ¡Viva Andrei Petrovich! (Se ve que al periodista le gustaba mucho la familiaridad). Cúbrenos y cúbrete de gloria eterna... Sabemos apreciar en lo justo. Un enorme éxito, y con él la fortuna — aunque algunos periodistas se opongan a ello —, será tu premio...

Con íntimo placer leyó el artista este artículo; se puso radiante. La prensa habló de él; era algo completamente nuevo para el artista. Releyó varias veces estas líneas. La comparación con Van Dyck y Tiziano le lisonjeó mucho; también le agradó lo de "¡Viva Andrei Petrovich!". Se le llamaba en papel impreso por su nombre y apellido, homenaje que hasta entonces para él era completamente desconocido. Empezó a dar vueltas rápidas por la habitación y a pasarse los dedos por el cabello; se sentaba en la butaca, se levantaba de repente para ir a sentarse en el diván, figurándose continuamente cómo recibiría a los visitantes. Se acercaba al lienzo para dar una pincelada atrevida, procurando que la mano hiciera movimientos graciosos.





Al día siguiente llamaron a la puerta, y Chartkov se apresuró a abrir. Una dama, acompañada de un lacayo, vestido con una librea forrada de piel, y de su joven hija de dieciocho años, entró en el estudio.

– ¿Es usted *monsieur* Chartkov? – preguntó la dama.

El artista se inclinó.

– Escriben mucho sobre usted; dicen que sus retratos son la cumbre de la perfección.

Después de estas palabras, la dama, llevando a sus ojos unos impertinentes, paseó rápidamente su mirada por las desnudas paredes.

– Y ¿dónde están sus cuadros, sus retratos?

– No los he traído todavía – respondió el pintor turbándose levemente –. Acabo de instalarme en esta casa. Están por llegar.

– ¿Ha estado usted en Italia? – preguntó la dama, y dirigió sus impertinentes sobre el pintor, por falta de otro objeto para sus observaciones.

– No, no he estado allí; pero me gustaría ir... Ahora por el momento lo dejo para más tarde... Aquí tiene una butaca... ¿No está usted cansada?



—Gracias; he estado sentada mucho tiempo en el carruaje. ¡Ah! Por fin veo su trabajo —dijo acercándose a la pared frontera y mirando a través de sus impertinentes los bosquejos, dibujos, perspectivas y retratos arrimados a la pared—. *C'est charmant! Lise, Lise, venez-ici!* Una habitación al estilo de Teniers. Mira: el desorden, una mesa sobre la que está un busto, una mano, una paleta, allí hay polvo. Mira cómo está pintado el polvo. *C'est charmant!...* ¡Eh! Aquí otro lienzo. Una mujer que se lava la cara... *Quelle jolie figure!* ¡Ah, un campesino! ¡Lise, Lise, un campesinito con camisa rusa! Mira: un campesinito. Entonces, ¿no pinta usted sólo retratos?

—¡Ah! Es una tontería..., me divertía..., unos bosquejos...

—Dígame. Por favor, su opinión sobre los retratistas contemporáneos. ¿Verdad que ya no hay nadie como Tiziano? Ya no existe esa fuerza, ese colorido..., ese... ¡Qué lástima que no pueda expresarme en ruso! (La dama era aficionada a la pintura, y armada de sus impertinentes, había recorrido todas las galerías de pintura de Italia). ¿Y *monsieur Nol?*... ¡Cómo pinta! ¡Qué pincel tan extraordinario! Yo opino que en sus rostros hay todavía más expresión que en los de Tiziano. ¿No conoce usted a *monsieur Nol?*

—¿Quién es Nol? —preguntó el pintor.

—¿*Monsieur Nol?* ¡Ah, qué talento! Pintó un retrato de mi hija cuando tenía doce años. Tiene usted que visitarnos sin falta... Lise, tienes que enseñarle tu álbum. ¿Sabe usted? Hemos venido para que usted comience en seguida un retrato de Lise.

—En el acto estaré preparado.

En un instante acercó el caballete, cogió la paleta y fijó su mirada en la pálida carita de la hija. Si hubiera sido conocedor de la naturaleza humana, en un momento hubiera leído en este rostro los primeros síntomas de pasión infantil por los bailes y el torturador descontento por el largo tiempo, antes y después de la comida; el deseo de correr en un paseo y las consecuencias deprimentes de su interés fingido por las diferentes artes a que la madre la encaminó por fuerza, para la cultura y educación de sus sentimientos.

Pero el pintor no vio en aquel rostro delicado más que una tentadora tarea para su pincel; una transparencia casi como de porcelana, un cuerpo lleno de languidez, leve y encantador; un cuello fino y una silueta grácil y aristocrática. Se preparó de antemano para un triunfo, para revelar el ímpetu y el brillo de su pincel, que hasta entonces se había ensayado sólo en los toscos rasgos de modelos ordinarios, en rígidas obras de la antigüedad y en copias de unos cuantos clásicos. Ya se imaginaba cómo iba a salir esta delicada carita.

—¿Sabe usted?... —dijo la dama con expresión casi conmovedora—. Yo quisiera... Ella lleva ahora un vestido... Yo le confieso, a mí me gustaría que ella no llevase un vestido al cual estamos acostumbrados. Me gustaría que usase un vestido sencillo, y que estuviese sentada a la sombra de un árbol..., con un prado en el fondo y en lontananza, un rebaño que se aleja; para que no pareciese que iba a un baile o a una velada de moda... Francamente, nuestros bailes matan el alma y



destruyen hasta el último vestigio, hasta el último resto de sentimiento... Lo que quiero es más sencillez, más sencillez...

Desgraciadamente, en los rostros de la madre y de la hija se podía leer que las dos estaban tan cansadas de bailar en las fiestas, que parecían de cera.

Chartkov puso manos a la obra, colocó a su modelo, reflexionó sobre todos los detalles, trazó con el pincel unas líneas en el aire, fijó los puntos de orientación, entornó un ojo, retrocedió un paso, miró a la joven desde lejos y comenzó a hacer un esbozo que terminó en una hora. Contento de su color, emprendió la ejecución propiamente dicha. La creación le arrebató. Lo había olvidado todo, hasta la presencia de las aristocráticas damas, y mostró de cuando en cuando sus hábitos de artista profiriendo toda clase de sonidos y tarascando, como suele hacer un artista cuando se consagra con toda su alma a su obra. Sin ningún cumplido, a una señal de su pincel, hacía a su modelo alzar la cabeza, hasta que éste acabó por moverse mucho y demostrar fatiga.

– Basta ya; para la primera vez es suficiente – dijo la dama.

– Un poco más – respondió el artista, entusiasmado.

– No, no; ya está bien, ya es la hora. Lise, son las tres – dijo la dama, sacando un pequeño reloj sujeto al cinturón por medio de una cadena de oro, y exclamó ¡Ay, qué tarde!



—¡Un momento más!... —insistió Chartkov, con la voz suplicante de un niño.

Pero la dama no estaba dispuesta a corresponder aquella vez a su deseo artístico, prometiéndole quedarse más tiempo en otra ocasión.

"¡Qué fastidio! —Pensó Chartkov—. Mi mano acababa de tomar impulso."

Y entonces recordó que nadie le molestaba ni le impedía continuar cuando trabajaba en el estudio de la isla de Vasilievski. Nikita solía permanecer inmóvil en el mismo sitio, hasta que se quedaba dormido en la postura deseada. Descontento y malhumorado, puso el pincel y la paleta en la silla y permaneció en pie delante de la tela.

Un cumplido de la distinguida dama despertó de su sueño al meditabundo. Corrió hacia la puerta a acompañar a las damas; en la escalera recibió la invitación para ir a comer a su casa la semana siguiente, y todo contento volvió a su habitación. La aristocrática dama le había fascinado... Hasta entonces él había considerado a esta clase de personas como algo inasequible para él, como seres que habían nacido solamente para ir en suntuosos carruajes con criados de preciosas libreas y elegantes cocheros, y pasar luego volando y echando tan sólo una mirada indiferente sobre el joven vestido con un capote modesto que caminase a pie.



Ahora, de improviso, uno de esos seres había venido a verle; él pintaba su retrato y estaba invitado a comer en una casa aristocrática. Una satisfacción extraordinaria se adueñó de él; estaba ebrio de alegría, y se concedió en premio a su buen humor una comida opípara, un espectáculo en el teatro por la noche y otro paseo en carruaje por la ciudad, sin rumbo fijo.

Durante todos aquellos días no pensaba en su trabajo diario, no se ocupaba más que en preparativos, y esperaba el momento en que solía sonar la campanilla. Por fin volvió la dama aristocrática con su pálida hija. Les ofreció asiento, acercó el lienzo, y ya, con pretensiones de persona de buenos modales, se puso a trabajar. El día de sol y la buena iluminación le ayudaron mucho. Descubrió en su vaporoso modelo gran cantidad de detalles que, una vez pasados al lienzo, podían dar mucho mérito al retrato.

Vio que era posible crear algo extraordinario, si era capaz de representarlo todo en forma tan perfecta, como ahora se lo presentaba el natural. Su corazón empezó a palpar cuando sintió que podía expresar algo que otros no habían advertido aún. El trabajo le absorbió, se consagró a él, olvidando nuevamente el origen aristocrático de su modelo. Con emoción vio que iban asomando en el lienzo los rasgos delicados y el cuerpo casi diáfano de la joven de diecisiete años. No se le escapó ni el más fino matiz; reparó en el suave tono amarillento, en la sombra azulada debajo de los ojos, apenas perceptible; hasta estaba por marcar un pequeño granito en la frente, cuando, de repente, oyó a su lado la voz de la madre.



–Pero ¿qué es eso? ¡Eso no hacía falta! Aquí hay algunas partes muy amarillas, y eso... también me parecía ver unas manchas oscuras.

El pintor le explicó que precisamente esas manchas y ese tono amarillento estaban muy bien, y que causaban en el rostro la impresión de matices agradables y finos. Pero le contestaron que aquéllos no eran matices, que no tenían nada de bonito y que sólo se trataba de una impresión suya.

–Déjenme por lo menos aplicar aquí un poco de amarillo  
–rogó el artista con aire ingenuo.

Pero eso no se le permitió. La madre le había dicho que aquel día Lise estaba un poco de mal temple, y dijo que su tez nunca tenía un tono amarillo y que, por el contrario, sorprendía por el colorido fresco. Con pena borró el artista todo lo que su pincel había hecho resaltar en el lienzo.

Desaparecieron muchos rasgos, casi imperceptibles, y con ellos se eliminó en parte el parecido. Con indiferencia comenzó a dar al retrato el colorido convencional, que se presenta de un modo mecánico y que pone en el rostro pintado del natural un aire de realidad fría. Pero la dama estaba muy contenta de que se hubiera eliminado por completo el ofensivo colorido. Se mostró sorprendida de que su trabajo se realizara con tanta lentitud, y añadió que había oído decir que él podía hacer un retrato completo en dos sesiones. El pintor no supo qué contestarle. Las damas se levantaron dispuestas a irse. El artista puso el pincel en la paleta, las acompañó hasta la puerta y luego



permaneció largo rato pensativo en el mismo sitio ante el retrato.

Le contemplaba absorto, mientras ante sus ojos desfilaban los delicados rasgos femeninos, las sombras vaporosas y los matices que había captado y que luego su pincel destruyera tan despiadadamente. Embriagado por ellos, apartó su retrato y sacó de un rincón la cabecita de Psiquis que estaba sin acabar y que esbozara hacía mucho tiempo.

Era una carita dibujada con gracia, pero puramente ideal y fría, que mostraba sólo rasgos generales y aún no coronaba un cuerpo viviente. Para hacer algo se puso a marcar con el pincel lo que con aguda vista había notado en el rostro de su aristocrática visitante. Las líneas, matices y tonalidades concebidos por él fueron tomando la forma sublime bajo la cual se presentaban al artista, cuando éste, suficientemente compenetrado con la naturaleza, se aleja de ella y crea una obra que la iguala.

La Psiquis fue reviviendo, y la idea apenas perceptible, poco a poco, se revistió de carne. El carácter de la joven aristócrata se comunicó a la Psiquis, y de tal modo tomó una expresión peculiar, que pudo hacerla acreedora al nombre de la obra verdaderamente original. El artista, aprovechando, por decirlo así, los detalles y el conjunto, todo lo que le brindaba el original, se encariñó con su trabajo. Durante varios días no se ocupaba más que de esta obra, y la llegada de las conocidas damas le sorprendió en este trabajo. No le quedó tiempo para quitar la





pintura del caballete. Las dos damas dieron un alegre grito de asombro.

— ¡Lise, Lise!... ¡Ah, qué parecido! *Superbe, superbe!* ¡Qué idea tan maravillosa de pintarla con el traje griego! ¡Ah, qué sorpresa!

El artista no sabía cómo decirles que estaban en un error. Azorado y con la cabeza inclinada, pronunció en voz baja:

— Es Psiquis.

— ¿De Psiquis? *C'est charmant!* — dijo la madre sonriendo, y la hija sonrió igualmente.

— ¿No crees, Lise, que te va muy bien estar de Psiquis? *Quelle idée délicieuse!* Pero ¡qué trabajo! ¡Es un Correggio! Lo confieso, he leído artículos sobre usted y oí hablar de su arte, pero ignoraba que poseyera tal talento. Sin falta tiene que hacer también mi retrato.

Por lo visto, la dama tenía la intención de presentarse también como una Psiquis...

"¿Qué voy a hacer yo con ellas? —Pensó el artista—. Si quisiera, podría hacer pasar la Psiquis por lo que les guste." Y dijo en voz alta:

— Sírvanse sentarse un momento. Voy a dar un pequeño toque.



—¡Ah! Temo que usted..., puede ser que... Ahora es tan parecida...

Pero el artista se dio cuenta de que los temores se referían tan sólo al tono amarillo, y las tranquilizó diciéndoles que no iba a hacer más que dar a los ojos un poco más de brillo y de expresión. Pero, en realidad, estaba avergonzado. Quería, por lo menos, acentuar más el parecido con el original, para que nadie pudiera reprocharle su descaro. Y, en efecto, en el rostro de Psiquis fueron apareciendo con mayor nitidez los rasgos de la pálida joven.

—Basta —dijo la madre, temiendo que el parecido fuera demasiado excesivo.

El artista fue recompensado espléndidamente con una sonrisa, dinero, cumplidos, cordiales apretones de manos, convite a las comidas; en una palabra, le colmaron de un millar de atenciones lisonjeras. El retrato causó sensación en la ciudad. La dama lo mostró a sus amigas; todo el mundo admiró el arte con que el pintor había sabido conservar el parecido y dar belleza al original. Este último detalle fue admirado con envidia, y el pintor de repente se vio abrumado de trabajo. Parecía que toda la ciudad quería hacerse retratos por él. La campanilla de la puerta sonaba a cada momento. Este éxito podía beneficiar su arte, ya que implicaba mucha práctica por la gran diversidad de rostros. Pero, desgraciadamente, acudía gente nada fácil de trabajar, gente presurosa, ocupada o que pertenecía a la alta sociedad, y que, por consiguiente, estaba más que ocupada y sumamente impaciente.



La única cosa que exigían era la de que realizase una obra de mérito y lo más rápidamente posible.

El pintor no tardó en darse cuenta de la imposibilidad de trabajar con esmero. Era necesario sustituir las características definidas por pinceladas ligeras o rápidas; fijar sólo el conjunto, la expresión general, y ocuparse de detalles particulares y sutiles. En una palabra, comprendió que no podía permitirse reproducir la naturaleza en toda su perfección.

Además, es necesario agregar que casi todos sus modelos manifestaron aún otros deseos. Las damas exigían que, sobre todo, el alma y el carácter se destacasen en los retratos, y en cambio, en ciertas circunstancias, atribuyese menos importancia a otros rasgos, que redondeasen todos los ángulos y disimulasen o suprimiesen, si fuera posible, todos los defectos. En una palabra, que el rostro provocase hasta admiración.

De ahí que cuando se presentaban para posar mostraban en sus rostros una expresión tal, que el artista quedaba asombrado. Una se esforzaba por reflejar en su cara cierta melancolía, otra adoptaba actitud soñadora, la tercera quería a todo trance que su boca pareciera más chica, y la ponía de tal manera, que ésta se transformaba en un punto que no era más grande que la cabecilla de un alfiler. A pesar de todo, le exigían el parecido y la garbosa naturalidad.

Los caballeros no eran mejores que las damas. Uno quería ser representado con la cabeza en actitud vigorosa, enérgica: otro, con los ojos espiritualizados y levantados; un teniente de la



guardia exigía que Marte destellara en sus miradas; un funcionario civil se empeñó en poner en la expresión de su rostro toda la rectitud y generosidad que podía, apoyando la mano en un libro con el título visible: *Siempre he abogado por la verdad.*

Al principio, estas exigencias hicieron que la frente del artista se cubriera de sudor; había que ponderar bien todo aquello, y se le daba muy poco tiempo. Por fin, comprendió lo que tenía que hacer, y ya no se confundió. Dos, tres palabras bastaban para enterarle de cómo quería ser representado cada uno. A quien tenía deseos de Marte, le daba un aspecto marcial; a quien le atraía Byron, le daba actitud byroniana. No le importaba que las damas desearan aparecer como Carina, Ondina o Aspasia; consentía en cualquier cosa, y por propio impulso atribuía a cada una un cúmulo de perfecciones, arbitrariedad que no puede hacer daño y a cambio de la cual se perdona al artista la falta de parecido. Pronto él mismo quedó asombrado por la soltura y rapidez de su pincel. Más se comprende que los retratados estuvieran encantados, y le calificaran de genio.

Chartkov llegó a ser el pintor de moda. Comenzó a asistir a las comidas, a acompañar a las damas a las galerías y aun a fiestas, a vestir como un petimetre y a afirmar en voz alta que un artista debe formar parte de la sociedad y respetar su condición; que, por regla general, los pintores vestían como zapateros, tenían modales groseros, no sabían conservar el buen tono y carecían de cultura.



En la casa, en el estudio exigía la más escrupulosa pulcritud. Tenía dos elegantes lacayos, unos alumnos presumidos; cambiaba de traje varias veces al día y se hacía ondular el pelo. Se esforzaba en perfeccionar sus modales para cuando recibía las visitas; atribuía la mayor importancia al aseo para causar la mejor impresión posible a las mujeres.

En una palabra, apenas si se podía reconocer en el artista al modesto que trabajaba ignorado de todos en su choza de la isla de Vasilevski. Ya no emitió más que arrogantes juicios sobre los artistas y sobre el arte. Afirmó que se atribuía demasiados méritos a los maestros del pasado, que todos, hasta Rafael, habían creado no hombres, sino arenques, y que la opinión de que había algo de sagrado en ellos existía sólo en la imaginación del público. Además, decía que el mismo Rafael no sólo había producido obras perfectas, que muchos cuadros suyos eran célebres sólo en virtud de la tradición. Declaró en voz alta que Miguel Ángel era un presumido que quería impresionar sólo por medio de sus conocimientos de anatomía, no teniendo gracia alguna, y que sólo en la época actual se encontraba un brillo auténtico y el verdadero vigor del pincel y del colorido. Aquí, como es natural, hablaba sin querer de él mismo. No comprendía, decía, por qué la gente se afana tanto. "El que durante varios meses seguidos trabaja en un cuadro, no es artista; a mi parecer, no es más que un jornalero. No puedo creer que tenga talento. El genio crea con audacia y rapidez..."

—Este retrato —decía, volviéndose hacia los visitantes—, lo hice en dos días; esta cabecita, en uno solo; ésta, en pocas horas, y aquélla, en poco más de una hora. No, confieso francamente



que no puede considerarse como arte una obra creada a fuerza de trabajo metódico. Eso es oficio y no arte.

Así hablaba a sus visitantes, y éstos admiraban el vigor y la rapidez de su pincel, y por medio de exclamaciones expresaban su asombro al oír en cuán poco tiempo habían sido creadas las obras, y más tarde se lo contaban a otros.

"¡Es un talento, un verdadero talento! ¡Miren cómo habla, cómo brillan sus ojos! *Il a quelque chose d'extraordinaire dans toute sa figure!*"

Semejantes palabras lisonjaban al artista. Cuando se le elogiaba públicamente en los periódicos, se alegraba como un niño, aunque había comprado estos elogios con dinero contante y sonante. Llevaba consigo una hoja de periódico y la mostraba, sin querer, a todos sus amigos y conocidos, y éste era su mayor deleite en toda su ingenuidad. La fama crecía y los encargos aumentaban. Y hasta comenzó a hastiarse de los retratos y rostros, siempre iguales, cuya actitud y expresión se le hacía rutinaria. Y pintaba sin gran entusiasmo, empeñándose sólo en perfilar la cabeza, dejando la ejecución a sus discípulos. Antes, por lo menos, procuraba expresar algo nuevo en sus retratos: sorprender por una actitud, por el rigor del pincel o por ciertos efectos. Eso también le fue aburriendo. La meditación continua y la búsqueda de muchas cosas le fatigaron la mente.

El género de vida desordenada y la sociedad en que pretendía llenar el papel de vividor le apartaron absolutamente del trabajo y del pensamiento. Su pincel se volvió frío y torpe, y



repitiéndose siempre, aunque realmente los rostros de los funcionarios militares y civiles tan fríos, uniformes y relamidos, no ofrecían más posibilidades.

Se le habían olvidado por completo los lienzos magníficos, los movimientos y las pasiones violentas. Perdió de vista las soluciones de los conflictos tremendos y se movió exclusivamente en ambiente de fraques, uniformes y corsés, ante el cual el artista experimenta una sensación de frío y desaparece la imaginación.

Empezaron a cundir los indiferentes ante sus producciones, sobre todo entre los entendidos.

Muchos, que conocían a Chartkov desde hacía años, no podían comprender cómo pudo desaparecer el talento que se había revelado en él al principio de su carrera, y en vano procuraban adivinar cómo pudo apagarse un don tan extraordinario cuando aún no había alcanzado su plenitud.

Pero el artista, ebrio de sus éxitos, no oyó aquellas manifestaciones. Ya iba entrando en los años en que uno se vuelve más concienzudo; fue engordando y criando carnes. En los diarios y revistas se podían leer epítetos como los siguientes: "Nuestro venerado Andrei Petrovich. Nuestro respetable..." Le ofrecieron cargos honoríficos, le invitaron a exámenes y le eligieron miembro de diferentes comisiones. Optó decididamente, como suele suceder en la edad madura, por Rafael y por los antiguos maestros, no porque estuviese



convencido de sus grandes méritos, sino sólo porque en ellos tenía arma ofensiva contra los pintores más jóvenes.

Ya empezaba, como los señores de edad, a reprochar a toda la juventud su inmoralidad y su torcida ideología. Y comenzó a creer que todo sucedía en el mundo de modo simple, y que no había inspiración, y que todo debía estar sujeto a un régimen riguroso, al orden y a una regularidad monótona. En resumen, había entrado en los años en que toda impetuosidad que jamás pulsara en una persona va desapareciendo; cuando los sonidos del arco mágico llegan sólo amortiguados al alma y no envuelven ya el corazón en tonos conmovedores; en que el beso de la belleza ya no convierte la energía virgen en fuego y llamas...; pero en la que todos los sentimientos se muestran más accesibles al tintineo del oro, escuchan cada vez con más atención su música seductora, se le someten imperceptiblemente y se dejan arrullar por ella. La fama no puede causar placer a quien la ha usurpado y no es acreedor a ella; sólo al que es digno le llena siempre de deliciosos estremecimientos.

Y de esta manera todos sus sentimientos y deseos comenzaron dirigiéndose al oro. El oro llegó a ser para él pasión, ideal, deleite y finalidad. En sus cajones fueron amontonándose paquetes de billetes de banco, y lo mismo que todos aquellos a quienes cae en suerte este terrible regalo, se fue convirtiendo poco a poco en un aburrido avaro sin razón, indiferente hacia todo, necio, accesible solamente al oro; coleccionista desatinado, ya se iba volviendo estafalario, como los que hay en gran número en nuestro mundo sin alma y a los





que mira horrorizado el hombre bondadoso y sensible, porque parecen ataúdes de piedra que se mueven con un muerto en vez de corazón. Pero pronto un suceso extraño hubo de agitar y conmover su vida.

Un día vio sobre su mesa una carta en la que la Academia de Bellas Artes le rogaba, en su calidad de apreciado miembro, que fuese a emitir su dictamen sobre una obra nueva enviada desde Italia por un artista ruso que vivía en aquel país para perfeccionarse. Dicho artista era uno de sus antiguos amigos que desde joven se había apasionado por el arte y se había concentrado en el trabajo con alma fogosa; se había separado de sus amigos y de sus parientes, se apartó de todas las gratas costumbres y se marchó a un país donde el cielo maravilloso hace madurar el arte, a la majestuosa Roma, cuyo nombre hace palpitar violenta y aceleradamente el brioso corazón del artista. Allí se absorbió, cual ermitaño, en su obra y se abandonó al estudio, del cual nada le apartaba. Poco le importaba que censurasen su carácter, que criticaran que no era mundano y que despreciaba las formas convencionales, que humillaba al gremio de artistas por su traje modesto y pasado de moda; no le importaba que sus colegas estuviesen enojados o no con él; había renunciado y sacrificado todo en favor del arte. No se cansaba de frecuentar las galerías y permanecer durante horas enteras ante las obras de los grandes maestros estudiando su maravilloso pincel. No acababa ninguna obra sin antes haberse examinado delante de aquellos grandes maestros y haber obtenido de sus obras consejo mudo y elocuente.



Nunca tomaba parte en las conversaciones ni discusiones, no se declaraba ni en favor ni contra los juristas, sino que les reconocía a todos, sabiendo descubrir lo bello, y, por fin, tomó como maestro único y exclusivo al divino Rafael, de la misma manera que un gran poeta que conoce ya tantas y tan diversas obras, llenas de encanto y majestuosa belleza, acaba por admitir la *Ilíada* de Homero como libro preferido y más grande de todas las obras poéticas después de haber descubierto en ella cuanto se puede exigir de una obra de arte en que todo refleja suma perfección. Formándose así, adquirió una extraordinaria fuerza creadora, una grandiosa belleza de pensamiento y el sublime encanto de un pincel celestial.

El entrar en el salón, Chartkov encontró enorme número de visitantes congregados ante el cuadro. Un silencio profundo, como rara vez acontece entre los numerosos críticos, reinaba en la sala. Se apresuró a darse aire de importancia y de conocedor, y se acercó al cuadro. Pero, Dios mío, ¡qué fue lo que vio!

Pura y maravillosa como una novia, se presentaba ante él la obra del artista, humilde, divina, inocente y sencilla, como el genio mismo parecía estar por encima de todo. Era como si las figuras celestiales bajasen púdicamente los maravillosos párpados asombrados de tantas miradas fijas en ellas. Allí parecía estar reunido todo: la escuela de Rafael, que se revelaba en la elevación y nobleza de la actitud, y la de Correggio, que se manifestaba en la perfección del pincel. Pero lo más grandioso de todo era la fuerza creadora que obraba en el alma del artista. El más mínimo detalle del cuadro estaba impregnado de ella; había en todo una severidad y una energía espiritual; cada



rasgo dejaba ver la redondez de las líneas, que es tan propio de la naturaleza y que ve sólo el ojo de un artista creador, puesto que siempre parece angulosa en el copista.

Se notaba que el artista había encerrado en su alma todo cuanto tomaba del mundo exterior para más tarde hacerlo brotar de esa fuente espiritual como cántico solemne y armonioso. Y aun los no entendidos vieron con toda claridad el abismo que existe entre una creación de arte y la simple copia del natural. Era casi imposible describir el profundo silencio que se apoderó de todos mientras solemnemente admiraban el cuadro. Mas el efecto sublime del cuadro se fue intensificando por momentos. Radiante y cual milagro inconcebible se separó de todo lo terrenal para transformarse en un instante en un fruto de una idea inspirada al artista por el cielo, al cual toda la vida humana no sirve más que de preparación. Las lágrimas casi brotaban en los ojos de los visitantes que rodeaban el cuadro; pareció que todas las concepciones artísticas, todas las atrevidas tendencias estéticas desordenadas se habían reunido en un himno mudo en alabanza de la obra divina.

Con la boca abierta, Chartkov permaneció inmóvil ante el cuadro; poco a poco los visitantes y admiradores comenzaron a conversar en voz alta sobre el mérito de la obra y se dirigieron a él con el fin de que les diera su opinión. Volvió en sí e intentó aparentar indiferencia como de costumbre, y se disponía a hacer una crítica corriente y habitual, como a todos los artistas anteriores. Se proponía decir: "Sí; en realidad no se puede negar talento al pintor; es indiscutible que hay algo. Se ve que el



artista quiso expresar algo; no obstante, lo que se refiere al punto esencial..."

Y acto seguido iba a añadir unas alabanzas tales, que dudamos fueran provechosas para cualquier artista. Iba a hacerlo, mas no pudo; las palabras murieron en sus labios, y en cambio, las lágrimas y los sollozos brotaron salvajemente de su pecho, cual única respuesta, y salió corriendo como un loco.

Durante un minuto permaneció inmóvil y estupefacto en el centro de su magnífico estudio. Todo su ser, toda su vida revivieron en él en un instante, como si hubiera vuelto su juventud, como si los destellos apagados de su talento lograran reanimarse. De repente, le cayó la venda de los ojos. ¡Dios mío, cómo pudo echar a perder de este modo los mejores años de su juventud! ¡Cómo había podido destruir y apagar el destello que quizás había ardido en su alma, que tal vez se hubiera desarrollado magnífica y hermosa, y que también habría arrancado ahora lágrimas de asombro y gratitud! ¡Cómo había podido destruirlo tan despiadadamente! Pareció como si en aquel momento despertara en su alma todo el anhelo impetuoso que en otros tiempos experimentara. Cogió el pincel y se acercó al lienzo. El esfuerzo hizo que su rostro se cubriese de sudor frío; el pintor se transformó en un solo deseo, poseído de una sola idea. Quería representar un ángel caído. Esta idea era la que mejor correspondía con su estado de ánimo; pero, ¡ay!, todas sus figuras, todas sus posturas, grupos e ideas resultaban amanerados y faltos de naturalidad. Su pincel y su imaginación estaban ya demasiado acostumbrados a las medidas y al impulso, incapaces de pasar los límites y



desprenderse de las trabas que se había impuesto él mismo y le indujeron a cometer incorrecciones y errores. Había prescindido de la larga escuela de conocimientos que pueden adquirirse sólo poco a poco, y de las primeras leyes fundamentales de la gran ciencia futura.

Estaba sumamente disgustado. Hizo sacar de su estudio todas sus últimas creaciones, los cuadros de moda sin alma, los retratos de húsares, damas y consejeros de Estado. Se encerró en su habitación y dio órdenes de no dejar pasar a nadie y se consagró al trabajo. Se puso a trabajar como un adolescente, lleno de paciencia, como un alumno; ¡ay!, pero qué flojo resultó todo lo que produjo su pincel. La ignorancia de las reglas fundamentales le hacía detenerse a cada paso. Aquel sencillo e insignificante mecanismo que se había adueñado de él entibió sus ímpetus. Y se levantaba como un obstáculo insuperable para su imaginación. El pincel volvía automáticamente a las viejas formas, las manos volvieron a tomar una misma posición, la cabeza no se atrevía a permitirse una postura original, los pliegues de los vestidos se negaban a amoldarse a la nueva actitud del cuerpo. Y Chartkov lo sentía, lo sentía y lo veía él mismo.

"Pero ¿es que tuve en realidad talento? —llegó a preguntarse—. ¿No me habré engañado a mí mismo?"

Diciendo esto, fue a buscar sus obras anteriores, que había creado con tanta pureza, sin un átomo de codicia, allí, en su mísera isla de Vasilievski, lejos de los hombres, de los placeres y de todas las ambiciones. Ahora se acercó a los cuadros y



púsose a contemplarlos con atención, a la par que surgía en su mente el recuerdo de su vida anterior, tan miserable.

—Sí... —murmuró desesperado; tenía talento.

En todos los sitios descubrió vestigios y testimonios de ello.

Se paró de repente y un estremecimiento le corrió por todo el cuerpo. Su mirada se cruzó con unos ojos inmóviles en él clavados. Era el extraordinario retrato que había comprado en el pasaje Schukin. Durante todo aquel tiempo había estado escondido detrás de los cuadros de moda y se le había olvidado por completo. Pero ahora que habían sido sacados todos los retratos y cuadros modernos que llenaban su estudio, aparecía junto a las obras de su juventud. Al recordar la extraña historia de este retrato, al acordarse de que este extraño retrato era en cierto modo la causa de su transformación, y de que el caudal que recibió de un modo tan milagroso había despertado en él todas aquellas inquietudes y aspiraciones que echaron a perder su talento, estuvo a punto de volverse loco de rabia. Mandó inmediatamente llevar fuera el odioso retrato.

Pero eso no bastó para calmar aquella agitación interna que había hecho presa en él. Todos sus sentimientos, todo su ser se conmovieron en lo más hondo y conoció entonces el terrible tormento, que sólo muy raras veces ocurre en la naturaleza, cuando un talento flojo se esfuerza en dar de sí más de lo que es capaz de producir y no logra expresarse como quiere; tormento que si estimula a un joven y hace brotar en él lo sublime, tortura en vano, con ardiente sed de producir, al que ya es demasiado



viejo para soñar; ese tormento que hace que un hombre sea capaz de cometer atrocidades...

Una envidia terrible se apoderó de él, una envidia que rayaba en la locura. Se volvía lívido de rabia al ver una obra que llevaba el sello del talento, y sus dientes rechinaron mientras lo devoraba con la mirada. En su alma despertaron las intenciones más infernales que jamás hayan existido en el hombre, y con energía frenética se lanzó a ejecutarlas. Empezó a comprar todo lo mejor que se producía en el arte. Cada vez que adquiría un cuadro de precio elevado, lo llevaba cuidadosamente a su habitación y con la furia de un tigre se abalanzaba sobre él y lo destrozaba, lo rompía en miles de pedazos, pisoteándolo después sin dejar de prorrumpir en carcajadas llenas de júbilo. La enorme fortuna que poseía le facilitaba todos los medios para satisfacer este deseo satánico. Nunca ningún monstruo ignorante destruyó tantas magníficas obras de arte como este furioso loco vengador.

En todas las subastas a las que asistía, los demás abandonaban de antemano toda esperanza de conseguir una obra de arte. Diríase que la ira del cielo había mandado a propósito al mundo aquel horrible monstruo hecho hombre, deseoso de privarlo de toda armonía. Esta horrible pasión comunicó a su tez un extraño color bilioso. El odio terrible al mundo y la hostilidad se reflejaron en su rostro. Parecía haber encarnado en él ese horrendo demonio que Pushkin ha descrito de un modo ideal. De su boca no salían más que frases llenas de veneno y ásperas palabras de crítica. Pasaba por la calle como una arpía y todos sus conocidos trataban de evitarlo al verle de



lejos, asegurando que su encuentro bastaría para envenenarles el resto del día.

Afortunadamente para el mundo y para el arte, una vida tan insólita y violenta no podía durar mucho. Las dimensiones de sus pasiones eran demasiado enormes y exageradas en comparación con sus pocas fuerzas para que pudiera resistirlas. Los ataques de rabia se hicieron más numerosos y terminaron por fin en una enfermedad terrible. Le atacó una fiebre altísima, seguida de una tisis fulminante de curso tan rápido, que a los tres días no quedó de él más que una sombra. Además, a esto vinieron a añadirse todos los síntomas de una locura incurable. A veces varios hombres no bastaban para sujetarle.

Empezaron a aparecérsese los ojos vivos del extraño retrato, y entonces padecía terribles accesos de rabia. Todas las personas que rodeaban su cama le parecían horrendos retratos que se duplicaban. Le parecía que todas las paredes estaban cubiertas de retratos que clavaban en él sus ojos vivos e inmóviles. Estos cuadros terribles le miraban desde el techo y desde el suelo; la habitación se ensanchó y se extendió hasta lo infinito para dar cabida a un número cada vez más grande de ojos inmóviles. El médico que se había comprometido a asistirle y que había oído hablar de su extraña historia, puso todo empeño en averiguar la misteriosa relación que existía entre las alucinaciones que padecía y los acontecimientos que tuvieron lugar en su vida; mas sin éxito alguno. El enfermo no comprendía ni sentía nada, a no ser su tormento; sólo dejaba oír palabras incoherentes y lanzaba terribles gritos. Por fin exhaló el último suspiro en un postrer y mudo estallido de dolor. Su cadáver tenía un aspecto





terrible. No hallaron nada de sus fabulosas riquezas; pero cuando encontraron los trozos de las obras de arte, cuyo valor ascendía a muchos millones, comprendieron el uso que había hecho de ellas.



## Segunda parte

Una multitud de carrozas, *droykas*, carruajes se hallaban parados delante de una casa donde se subastaban todos los objetos que pertenecieron a uno de esos ricos del arte, que absortos ante céfiros y cupidos, se pasaron toda la vida dormitando dulcemente y logrando la fama de mecenas, sin quererlo, gastando para ello los millones heredados de sus padres o que quizá habían ganado ellos mismos con su trabajo en otros años. Ya se sabe que hoy día no existen semejantes mecenas. Hace tiempo que nuestro siglo XIX ha adoptado la aburrida figura de un banquero, que disfruta de sus millones sólo en forma de números escritos en papel.

La enorme sala estaba llena de una pintoresca multitud de personas que habían acudido, como las aves de presa, sobre un cadáver insepulto. Había un grupo de comerciantes rusos del Gosttyni-Dor, e incluso del mercado de viejo, vestidos con trajes azules a la alemana. Su aspecto y la expresión de su rostro traducían firmeza y desenvoltura. Y no reflejaban ese fastidioso servilismo tan propio del comerciante ruso cuando atiende a su comprador en su tienda. Pero allí no guardaban mucha compostura y delicadeza servil, a pesar de que en la sala había también muchos aristócratas, ante quienes en otra ocasión hubieran estado dispuestos a quitar, con sus reverencias y saludos, el polvo que trajeron en sus propias botas. Aquí se hallaban muy desenvueltos, y manoseaban por las buenas los libros y cuadros, deseosos de averiguar la calidad de la



mercancía y discutiendo osadamente los precios que los condes entendidos ofrecían.

Había también muchas personas de esas que asisten a las subastas, como quien va al restaurante. Estaban también los aristócratas amigos del arte, que nunca pierden la ocasión de enriquecer su colección, y que de doce a una no tienen otra cosa que hacer, y, por último, tampoco faltaban aquellos honorables caballeros cuyos trajes no rebosan de dinero en los bolsillos y que acuden todos los días, sin ninguna finalidad egoísta, sólo para ver cómo acabaría la subasta, quién iba a dar más, quién menos, quién sobrepuja a otro, y a quién, por fin, sería adjudicado el objeto.

Muchos cuadros se hallaban tirados en desorden, y junto con ellos se veían muebles y libros con las iniciales del expositor, que quizá no tuvo nunca el deseo o propósito de hojearlos. Había jarrones de estilo chino, tableros de mármol, muebles modernos y antiguos, con arabescos, grifos, esfinges y zarpas de león; lámparas, arañas y quinqués con dorado o sin él; todo se hallaba amontonado, y el orden que suele haber en los almacenes brillaba por su ausencia. El conjunto representaba un caos de arte. Por lo general, al asistir a una subasta experimentamos una sensación de horror, parecida a la que nos causa un entierro. La sala donde se efectúa la subasta es siempre lúgubre; muebles y cuadros se amontonan ante las ventanas y sólo dejan penetrar poca luz; el silencio que hay en todos los rostros y la voz sepulcral del subastador que da golpes con el martillo y dice misas en honor de las pobres artes



reunidas allí de un modo tan extraño; todo esto contribuye a intensificar aún más lo desagradable de la impresión.

La subasta parecía estar en pleno apogeo. Un grupo bastante numeroso de personas bien vestidas y apiñadas daba señales visibles de agitación. En todas las partes se oían las palabras "rublos, rublos"... Y no daba tiempo al subastador para repetir el precio que ya había salido llegando al cuádruplo del ofrecido al principio. Los circunstantes se hallaban muy agitados a causa de un retrato que no podía dejar de interesar a todo el que entendiera algo de pintura. El cuadro llevaba el sello visible del genio. El retrato había sido restaurado ya varias veces, y representaba los rasgos oscuros de cierto asiático de cara ancha y de extraña expresión; pero lo que más asombró a los circunstantes fue la extraordinaria viveza de los ojos. Cuanto más los miraba uno, tanto más parecían penetrarlo. Esta particularidad esta creación del artista llamó la atención de casi todas las personas. Muchos de los asistentes desistieron ya de la adquisición del retrato, porque pedían por él un precio exorbitante. Sólo quedaron dos conocidos aristócratas, amigos del arte, que no querían por nada del mundo renunciar a la adquisición del retrato. Se acaloraron, y seguramente habrían llegado a dar un precio imposible por él si uno de los presentes no hubiera dicho de repente:

—Les ruego que suspendan por un momento su discusión. Quizá tenga yo más derechos que cualquier otro sobre este retrato.



Estas palabras hicieron confluír sobre él la atención de todos los presentes. Era un hombre esbelto, de unos treinta y cinco años y de rizada cabellera negra, que llevaba bastante larga. Tenía una cara agradable, en la que se reflejaba cierta amable despreocupación y revelaba un alma ajena a todas las agotadoras agitaciones sociales.

Su traje no revelaba las menores pretensiones de vestir según la moda, y todo en él denotaba al artista. Y, en efecto, era el pintor B., a quien conocían muchas de las personas allí presentes.

—Por muy extrañas que les parezcan mis palabras —prosiguió al ver que se había atraído la atención general—, quizás ustedes mismos podrán ver que yo tenía derecho a pronunciarlas si se resuelven a escuchar este pequeño relato. Todo me confirma que éste es precisamente el retrato que busco.

Se comprende muy bien que en todos los rostros se leyese la misma curiosidad, e incluso el subastador se quedó boquiabierto, con el martillo levantado. Al principio del relato las miradas de muchos de los asistentes se dirigieron insistentemente al retrato, mas luego se fueron fijando en el narrador a medida que el relato se volvía más interesante.

—Todos ustedes conocen la parte de la ciudad que se llama Kolomna —empezó diciendo—. Ésta no se parece en nada a los demás barrios de San Petersburgo. Este barrio no recuerda ni la capital ni la provincia, y al que va allí parece que le abandonan



todos los deseos e ímpetus juveniles. Allí nada habla del porvenir, todo está tranquilo y retirado, como un refugio, contra el ajetreo de la capital. Allí buscan su retiro los funcionarios, las viudas y las personas de modestos recursos que están relacionados con el Senado y que por eso se han condenado a vivir durante casi toda su vida en este barrio. Viven en Kolomna cocineras retiradas que se pasan el día empujándose en los mercados y charlando en las tiendas con el dependiente, que compran todos los días el café por cinco kopeks y azúcar por cuatro, y, por fin, se ven allí esa clase de personas que podemos calificar con el término de "cenicientas", individuos cuyo traje, rostro, cabellos y ojos son de color apagado, ceniciento, como un día en que ni hay tormenta ni hace sol; en una palabra, que no es ni chicha ni limonada. Una niebla lo envuelve todo y quita los contornos a todas las cosas. Pueden incluirse en esta categoría los acomodadores de teatro y los consejeros titulares que han tenido el retiro, y también los adeptos de Marte que tienen un ojo vacío y los labios hinchados. Todos ellos son personas que carecen de temperamento, caminan sin prestar atención a cuanto les rodea y permanecen callados sin pensar en nada. En sus habitaciones no suele haber gran cosa; su nobleza consiste a menudo sólo en un jarro de legítima vodka rusa, que beben a sorbitos durante todo el día, sin que se les suba a la cabeza, lo cual ocurre, por lo general, sólo después de un gran trago, como suele permitirse los domingos un joven artesano alemán, el matón de la calle Meschanskaia y dueño absoluto de la acera, pero después de pasada la medianoche.



"La vida de Kolomna transcurre de lo más solitaria; raras veces aparece un coche, a no ser el que lleva a unos actores, y cuyo traqueteo y chirrido es lo único que rompe el silencio que allí reina. Allí todos son peatones, los coches pasan a menudo lentamente sin sus ocupantes, o llevan heno para su velludo jamelgo; allí se puede encontrar una vivienda por sólo cinco rublos mensuales, incluido el desayuno. Las viudas que viven de una pequeña renta son en este barrio las personas más distinguidas. Son señoras de buenos modales que acostumbran barrer sus habitaciones y conversar con sus vecinas sobre los precios elevados de la ternera y del repollo. Suelen tener una hija joven, criatura silenciosa y sumisa, a veces bastante bonita, así como un asqueroso perrito y un reloj de pared con péndulo de melancólico tictac. Después vienen los actores, cuyo sueldo no les permite mudarse de Kolomna a otra parte, gente muy libre, que, como todos los artistas, sólo vive para gozar. Permanecen sentados en batas componiendo una pistola o haciendo con cartón y engrudo toda clase de cosillas de uso doméstico, juegan a las damas o a las cartas con algún viejo amigo que viene a verles y por la tarde sus ocupaciones no suelen variar gran cosa; a lo sumo, toman a veces un ponche.

"Después de estos magnates y aristócratas de Kolomna, no vienen más que la chusma y la gente de la más baja escala social. Describirllos resultaría igual de difícil que enumerar la cantidad de insectos que germinan en el vinagre estancado. Hay ancianas que rezan, las hay que rezan y beben a la vez, y otras también se las arreglan como pueden y que, como laboriosas hormigas, llevan desde el puente de Kalinkin al



mercado de viejo ropa y trapos viejos para venderlos allá a quince kopeks... En una palabra, el residuo más miserable de la humanidad, cuya situación no podría mejorar ni el político social más humanitario.

"He mencionado a todas estas personas con el solo fin de demostrarles cuántas veces se encuentra esta gente en la necesidad de recurrir a una ayuda repentina y temporal, es decir, a pedir un préstamo. Y, efectivamente, entre todos esos tipos se encuentra una clase especial de usureros que les prestan pequeñas cantidades de dinero sobre prendas a intereses muy elevados. Estos pequeños usureros suelen ser mucho más insensibles y despiadados que los grandes, porque nacen en la pobreza que exhibe públicamente sus miserias y andrajos, y que desconoce el rico usurero, que sólo trata con personas que vienen a verle en coche... Y por eso, muy pronto en sus almas se extinguen toda clase de sentimientos humanitarios.

"Entre estos usureros había uno... Pero haría bien en decirles antes que el suceso que les voy a referir tuvo lugar el siglo pasado, en el reinado de la difunta zarina Catalina. Ustedes mismos comprenderán que el aspecto exterior de Kolomna, tanto como la vida interior de ese barrio, han cambiado mucho de entonces. Había, pues, entre los usureros uno que se había establecido desde hacía mucho tiempo en aquella parte de la ciudad y que era extraordinariamente extraño en todos los aspectos. Vestía una amplia túnica asiática y tenía una tez morena que denotaba su origen meridional, pero nadie podía saber con certeza de qué nación era en realidad; si era hindú,





griego o persa. Su estatura, alta, casi gigantesca; el rostro moreno, delgado y tostado; la tez, indefinible y hermosa, y el extraño fulgor de sus enormes ojos con cejas oscuras y muy pobladas le diferenciaban claramente de todos los cenicientos habitantes de la capital.

"También su casa se destacaba de entre las demás barracas de madera. Era de piedra, como las que solían construir en otros tiempos los mercaderes genoveses, con ventanas de forma irregular, todas ellas de tamaño diferente y provistas de persianas y postigos de hierro.

"Este usurero se diferenciaba de los demás por el sencillo hecho de que estaba en condiciones de prestar cualquier suma, empezando por una vieja mendiga y acabando por cualquier magnate derrochador de la Corte. Delante de su casa paraban a veces lujosos carruajes, a cuya portezuela asomaba a ratos la cabecita de una elegantísima dama del gran mundo. Corría el rumor de que sus cofres de hierro estaban llenos de infinidad de dinero, tesoros, diamantes y diferentes prendas; pero que, por cierto, no era tan codicioso como los demás usureros. Prestaba gustoso su dinero y, al parecer, fijaba intereses aceptables y muy cómodos para sus clientes; mas por medio de extrañas operaciones aritméticas hacía ascender los intereses a sumas excesivas. Por lo demás, se decía de él... Pero lo que más nos llamó la atención, y lo que no podía dejar de sorprender a todos, era el extraño destino de todos los que recibían su dinero a préstamo. Todos ellos murieron de la manera más terrible. No se llegó a saber si fueron sólo habladurías o chismes absurdos de personas supersticiosas, o rumores difundidos



intencionadamente. Sin embargo, unos cuantos ejemplos que se desarrollaron en poquísimos tiempo ante los ojos de todo el mundo fueron decisivos.

"Entre los aristócratas, por aquel entonces, no tardó en llamar la atención un joven de una de las mejores familias, que, de adolescente, se había distinguido en la carrera de Estado. Era un ardiente admirador de todo lo elevado y lo sublime, celoso defensor del trabajo intelectual y del arte; en una palabra, hombre que prometía llegar a ser un mecenas. No tardó en ser elegido por la misma zarina, que le confió un importante cargo conforme con sus propios deseos y pretensiones, un puesto donde podía hacer mucho por las ciencias y, en general, mucho bien.

"El joven magnate se rodeó de artistas, poetas y sabios. Quiso proporcionarles trabajo a todos, patrocinarles en la medida de sus fuerzas. Editó a sus expensas muchas obras de mérito, hizo muchos encargos y ofreció muchos premios; así que gastó una cantidad enorme de dinero y no tardó en verse en un apuro. Pero, animado de los mejores propósitos, no quiso desistir de lo que se había empeñado. Trató de obtener préstamos en todas partes y, por último, acudió al famoso usurero. Recibió una suma considerable; pero al poco tiempo se operó en él un cambio radical: se convirtió en perseguidor y opresor de todos, del progreso intelectual y artístico. En todas las obras acudía en seguida el lado crítico e interpretaba mal cualquier palabra inofensiva.



"En aquel tiempo, por desgracia, estalló la revolución francesa, y este acontecimiento le sirvió de instrumento para hacer un sinnúmero de acciones ruines. Empezó a ver en todas las tendencias revolucionarias, en todo descubría alusiones. Se volvió tan receloso, que acabó por desconfiar de sí mismo. Hizo una serie de abominables e injustas denuncias que hundieron en la desgracia a gran número de personas. Es natural que los rumores de semejante conducta llegasen hasta el trono. La magnánima emperatriz quedó horrorizada, y su nobleza y generosidad, lo que constituía la más hermosa diadema de las testas coronadas, le dictaron unas palabras que, aunque no nos han sido transmitidas, quedaron grabadas, por su profundo sentido, en el corazón de muchas personas. La zarina dijo que no eran los regímenes monárquicos los que reprimen los ímpetus sublimes del alma, ni los que desprecian y persiguen las obras intelectuales, la poesía y las artes, sino que, por el contrario, los monarcas eran sus protectores, y así, bajo su generosa protección, nacieron un Shakespeare, un Molière, mientras que Dante no podía encontrar lugar para vivir tranquilamente en su patria republicana. Los verdaderos genios se expansionan sólo en las épocas gloriosas de reyes y reinas, y no durante horribles acontecimientos políticos y repúblicas terroristas, que hasta ahora no habían dado al mundo ni un solo poeta. Declaró que era necesario recompensar a los poetas y a los artistas, ya que ellos sólo proporcionaban paz y sosiego al alma, sin causar jamás inquietudes y disturbios. Los sabios, los poetas y todos los artistas creadores eran las perlas y los diamantes de las coronas imperiales; ellos adornan y realzan aún más el esplendor de la época de un gran soberano.



"La emperatriz, al pronunciar estas palabras, estaba divinamente hermosa. Recuerdo que los ancianos no pudieron retener sus lágrimas al hablar de ello. Todos mostraron el más vivo interés por el asunto. En honor a nuestro orgullo nacional, debo observar que en el corazón de un ruso siempre alienta el generoso deseo de tomar el partido de los oprimidos. El magnate que abusó de tal forma de la confianza que se había puesto en él, recibió un castigo ejemplar y fue relevado de su cargo. Pero el castigo que más le afectó fue el desprecio general que leía en los rostros de sus conciudadanos. Difícilmente se podría describir cómo sufrió su alma vanidosa. El orgullo, la ambición engolada y sus esperanzas frustradas, todos estos sentimientos juntos contribuyeron a promover horribles ataques y excesos de locura que acabaron con su vida.

"Otro caso sorprendente también tuvo lugar ante los ojos de todo el mundo. Entre tantas hermosas mujeres que había entonces en nuestra capital del Norte, una aventajaba a todas las demás. La unión de los encantos de nuestra belleza del Norte con los del Sur había dado lugar a un ser maravilloso, una piedra preciosa de las que rara vez se encuentran en el mundo. Mi padre confesó que jamás en la vida había visto algo semejante. Parecía reunirlo todo: riqueza, inteligencia y belleza del alma. Los pretendientes eran numerosísimos; pero entre todos los jóvenes, el más noble e interesante era el príncipe R. Se destacaba por su hermosa figura, su carácter generoso y caballeresco, supremo ideal de todas las mujeres, verdadero héroe de novela. En una palabra: un '*Grandison*' bajo todos los conceptos.



"El príncipe R. estaba locamente enamorado y era correspondido con igual ardor. Pero a los parientes les pareció aquel matrimonio desigual. Las heredades de la familia del príncipe ya no eran suyas, y toda la familia había caído en desgracia, por lo que nadie ignoraba sus dificultades económicas. De repente, el príncipe dejó la ciudad por algún tiempo, al parecer con el propósito de arreglar sus asuntos, y al cabo de este lapso pareció nuevamente ostentando lujo y esplendor increíbles. Sus brillantes fiestas y bailes no tardaron en hacerle famoso en la Corte. El padre de la joven empezó a mostrarse menos recalcitrante, y al poco tiempo se celebraron en la ciudad unas bodas que llamaron la atención de todos.

"De dónde procedía el cambio y cuál era la fuente de la riqueza del novio, nadie podía asegurarlo; pero empezaron a correr rumores de que se había puesto de acuerdo con el misterioso usurero y obtenido de él un cuantioso préstamo. Sea como sea, el caso es que esa boda interesó a todo el mundo. Tanto el novio como la novia eran objeto de numerosas envidias.

"Nadie ignoraba el amor apasionado y ferviente que se profesaban, y tampoco se ignoraba con qué paciencia tuvieron que esperar. En todas partes se les apreciaba por sus elevadas cualidades. Las mujeres apasionadas se imaginaban ya las paradisíacas delicias que aguardaban a los recién casados.

"Pero todo sucedió de un modo totalmente distinto del que se esperaba. En el curso de un solo año se operó en el marido un cambio terrible. Su carácter, hasta entonces tan generoso e



intachable, se volvió corroído por el veneno de la duda y de los celos, se mostró impaciente, terriblemente exigente. Se convirtió en un verdadero tirano, y siempre torturaba a su mujer, y no vaciló en cometer las ruindades más atroces, cosa que nadie hubiera podido imaginar en él; hasta llegó a golpearla.

"Al cabo de un año ya no se reconocía a la mujer, que hacía poco aparecía resplandeciente, rodeada de un sinfín de fieles admiradores. Finalmente, incapaz de aguantar más tiempo su terrible destino, mencionó en la primavera el divorcio. Pero su marido, sólo de pensarlo, se volvió loco de rabia. En un ímpetu de furia penetró en la habitación de su mujer armado de un cuchillo, y no cabe duda de que la habría matado si no le hubieran retenido a tiempo. En un arrebato de desesperación, se clavó el arma y pereció después de terribles sufrimientos.

"Además de estas dos cosas conocidas de todos, se habló de muchas otras que ocurrieron entre las clases humildes, y que habían tenido casi todas un desenlace terrible. Hombres de bien se convirtieron en borrachos perdidos; hubo dependientes que se pusieron a robar a sus amos; un cochero de punto, que durante muchos años había servido honradamente, apuñaló a un pasajero por unos centavos. Se comprende que todas estas historias que se contaban, no sin exageración, bastaran para esparcir cierto terror instintivo entre los habitantes de Kolomna. Nadie dudaba de que aquel hombre tuviera un pacto con el demonio. Se decía que ofrecía unas condiciones tan horripilantes, que los pelos se levantaban de punta al pobre cliente, y después el desgraciado nunca se atrevía a comunicarlas a otra persona. Que su dinero tenía una extraña



composición, que relucía solo y que poseía extrañas señales; en una palabra: muchos rumores, y lo significativo era que todos los habitantes de Kolomna, todo ese mundo de ancianas pobres, de pequeños empleados y de artistas de mala muerte, en resumidas cuentas, toda esa pobre gente que acabamos de describir prefería soportar toda su miseria que pedir un préstamo al terrible usurero; más aún, había pobres ancianas que se morían de hambre, y que preferían, no obstante, matar el cuerpo a perder el alma. El que se lo encontraba en la calle se sentía invadido por un temor instintivo. Los peatones volvían atrás al divisarlo, y seguían largo rato con la mirada la gigantesca figura que desaparecía a lo lejos. Su aspecto sólo denotaba algo extraordinario, y todos tenían la impresión de hallarse ante un ser sobrenatural. Aquellos rasgos muy marcados, esculpidos rígidamente como rara vez se ven en una persona, aquella tez bronceada, las cejas tan extraordinariamente tupidas, los ojos terribles con su irresistible mirada, e incluso los anchos de su túnica asiática, todo contribuía a hacerle pensar a uno que ante las pasiones que se cobijaban en aquel ser, las de los demás quedaban eclipsadas.

"Mi padre, siempre que se encontraba con él, se quedaba inmóvil y no podía por menos de exclamar:

" – ¡El diablo! ¡Es el diablo en persona!

"Pero ahora debo presentarles a mi padre, que es el protagonista de esta historia. Mi padre era un hombre excepcional en muchos aspectos. Era uno de estos artistas que se dan raras veces, o un artista que aprendió por sí solo y que,



sin ayuda de ningún maestro ni dirección de escuela alguna, halló en su alma las leyes y reglas del arte. Animado sólo por el deseo de perfeccionarse, seguía siempre el camino que su espíritu le señalaba por razones que quizás él mismo ignorase. Se trataba de uno de esos prodigios que los contemporáneos califican a menudo con el ofensivo epíteto de 'persona inculta', una de esas personas que no se desaniman ante los críticos ni la mala suerte, sino que ello les comunica nuevo ardor e ímpetu, y que luego dejan muy atrás las obras que le valieron el título ya mencionado, gracias a un sentido íntimo y sutil de lo sublime. Conocía por intuición la presencia de una idea en cada objeto, y logró comprender por sí solo el significado de las palabras 'pintura de historia'. Comprendió por qué una sencilla cabeza, un retrato de Rafael, Leonardo da Vinci, Tiziano y Correggio pueden obtener este calificativo, mientras que un cuadro de asunto histórico de gigantescas dimensiones no podía ser más que un *tableau de genre*, a pesar de todas las pretensiones de su autor, que pretende haber creado una obra que merece la calificación arriba mencionada. Por su inclinación se dedicó a temas cristianos, último grado de lo sublime. No era ambicioso ni susceptible, como suelen serlo muchos artistas. Era un hombre de carácter recto, hasta diríase algo tosco, honrado, duro, que por fuera tiene una apariencia áspera y cuya alma no estaba exenta de orgullo, y que, no obstante, hablaba de su prójimo con una severidad teñida de benevolencia.

—"¿Por qué he de pensar en ellos? —solía decir—. ¡Si no trabajo para ellos! ¡Si no pienso llevar mis cuadros a un salón para que los admiren! Quien me comprenda me estará





agradecido. Las personas del gran mundo no entienden nada de pintura; en cambio, entienden algo de naipes, de vinos y de caballos. Y ¿para qué necesita saber más un *barín*? Y si alguna vez se le ocurre probar de todo y quiere hacerse el ingenioso, entonces no habrá quien lo soporte. Cada cual que se ocupe de lo suyo. Yo prefiero aún una persona que confiesa que no entiende nada, a un hipócrita que finge entender algo de lo que no tiene ni la menor idea, y que sólo daña y estropea.

"Aceptaba el trabajo por precios muy módicos, con tal de que permitiesen mantener a su familia y seguir trabajando. Además, nunca se negaba a ayudar a nadie, y gustoso prestaba auxilio a un colega pobre. Había conservado la fe sencilla y piadosa de nuestros antepasados, y quizá por eso lograba dar con facilidad a los rostros que pintaba esa sublime expresión a la que en vano aspiran tantos artistas brillantes y de talento.

"Trabajando continuamente sin apartarse jamás del camino que se había señalado, se granjeó por fin el respeto incluso de aquellos que antes le habían llamado 'persona inculta'. Siempre recibía encargos de pintar para las iglesias, y el trabajo no le faltaba nunca. Uno de aquellos encargos le tuvo muy preocupado. Ya no recuerdo bien el asunto. Sólo sé que en el cuadro había de ser representado el espíritu del mal. Mucho tiempo estuvo pensando en la forma que le daría; deseaba que su rostro reflejase el peso terrible y la pena que gravitaban sobre el hombre. A veces, en su imaginación surgía la imagen del misterioso usurero, lo que le hacía pensar involuntariamente:



"—Éste sí que me serviría bien de modelo para pintar al demonio.

"Figúrense ustedes cuál sería su asombro cuando un día que estaba trabajando en su estudio oyó llamar a la puerta y acto seguido entró el terrible usurero. Un involuntario estremecimiento le recorrió todo el cuerpo.

"—¿Eres pintor? —preguntó a mi padre sin rodeos.

"Lo soy —respondió mi padre asombrado, esperando lo que iba a suceder.

"—Pues bien: haz mi retrato. Puede que muera pronto. No tengo hijos y no quiero morir sin dejar ningún rastro. Quiero sobrevivir. ¿Puedes hacerme un retrato en donde parezca que estoy vivo?

"Mi padre pensó: 'No puedo pedir nada mejor; él mismo se me ofrece como modelo de diablo para mi cuadro'.

"Mi padre le prometió hacerle el retrato. Se pusieron de acuerdo en cuanto al tiempo y al precio, y al día siguiente mi padre fue a su casa con los pinceles y la paleta. El patio altísimo, los perros, las puertas de hierro, los cerrojos, las ventanas ojivales, los cofres cubiertos con tapices rarísimos, y por fin, el mismo dueño, tan extraño, que permanecía sentado, inmóvil, delante de él, todo contribuyó a causarle una extraña impresión. Diríase que las ventanas habían sido a propósito tapadas en la parte inferior, de modo que dejaban pasar la luz



sólo desde arriba. '¡Diablos! ¡Qué bien iluminada está ahora su casa!', pensó para sí, y empezó a pintarle con avidez, al parecer, temeroso de que desapareciese aquella luz favorable. '¡Qué fuerza! –Volvió a repetir para sus adentros—. Si lograra representarle, aunque no del todo, como está ahora, eclipsaría a todos mis santos y ángeles, que parecen muertos y sin vida en comparación con él. ¡Qué poder diabólico! Si lo reproduzco sólo aproximadamente tal y como está ahora, parecerá saltar del lienzo. ¡Qué rasgos tan extraordinarios!', no dejaba de repetir poniendo todavía más empeño en la obra y viendo aparecer ya algunos rasgos en el lienzo. Pero, a medida que se acercaba al fin, se intensificaba la sensación que le invadía, la sensación abrumadora e inquietante que él mismo no acertaba a comprender. No obstante, se propuso reproducir con escrupulosidad todos los rasgos y expresiones. Ante todo, se ocupó de pintar los ojos. Había tanta energía en ellos, que parecía completamente imposible reproducirlos como eran en realidad. Sin embargo, decidió revelar a todo trance hasta los tonos y matices de menor importancia, descubrir su secreto...

"Pero en cuanto empezó a penetrar y ahondar en ellos, sintió en el alma una angustia tan inexplicable, una repugnancia tan extraña, que tuvo que dejar el pincel por algún tiempo y reanudar el trabajo al cabo de algunos días. Por fin no pudo aguantar por más tiempo; sentía que aquellos ojos se clavaban en su alma y despertaban en ella una inquietud extraña. Esta sensación fue creciendo a medida que pasaban los días. Sintió miedo, tiró el pincel y declaró con firmeza que no podía seguir haciendo el retrato.

"¡Qué cambio tan terrible produjeron aquellas palabras en el extraño usurero! Se puso de rodillas delante de él y le suplicó que acabara el retrato. Dijo que su destino y su vida en este mundo dependían de este retrato, y, además, su pincel ya había fijado en el lienzo sus rasgos vivos. Añadió que, si lograba reproducirlos con exactitud, su vida subsistiría en el retrato, gracias a un poder sobrenatural, y entonces él no moriría del todo. Declaró también que debería seguir viviendo en este mundo.

"Mi padre quedó horrorizado al oír semejantes palabras; le parecieron tan extrañas y terribles, que tiró el pincel y la palabra y salió precipitadamente del cuarto.

"El recuerdo de aquella escena le inquietó durante todo el día y la noche. A la mañana siguiente, una mujer, única persona que servía en casa del usurero, trajo el retrato, diciendo que su dueño no lo quería, que no pagaría nada por él, y que, por lo tanto, lo devolvía. El mismo día por la noche, mi padre se enteró de que el usurero había muerto y que se disponían a enterrarle según el rito de su religión. Todo esto le pareció completamente inexplicable y muy extraño.

"Por otra parte, desde entonces se observó en su carácter un cambio notable. Sufría una inquietud y un estado de excitación cuya causa él mismo no acertaba a comprender, y al poco tiempo hizo algo de lo que nadie le hubiera creído capaz.

"Desde hacía algún tiempo las obras de un discípulo suyo empezaron a llamar la atención de un pequeño grupo de



entendidos y aficionados. Mi padre siempre había reconocido su talento, y por eso le tenía especial simpatía; pero de repente empezó a tenerle envidia. El afecto que todos le profesaban y las conversaciones sobre él se le hicieron intolerables. Al fin, como si aquello fuera poco, supo, además, que habían encargado a su discípulo un cuadro para una hermosa iglesia recién construida, y esto le exasperó.

"—¡Bah! No voy a consentir que este mocoso triunfe —exclamó—. Aún es pronto para superarme. ¡Ya veremos quién de los dos va a vencer!

"Y este hombre, que en el fondo era noble y honrado, se valió de toda clase de intrigas y maquinaciones, que antes siempre despreciaba, para conseguir al fin que hubiese concurso en el que pudiesen tomar parte los demás artistas deseosos de pintar el cuadro para la iglesia. Luego se encerró en su habitación y trabajó con entusiasmo. Diríase que todas sus energías se concentraban en este cuadro, y, en efecto, produjo una de sus mejores obras. Nadie dudaba que él obtendría el premio. Los cuadros fueron presentados al jurado, y la diferencia que existió entre su obra y todas las demás era como del día a la noche. No obstante, uno de los miembros del jurado, que si mal no recuerdo era clérigo, hizo una observación que sorprendió a todos:

"—No cabe duda de que en el cuadro de este pintor hay mucho talento; pero la expresión carece por completo de devoción; más bien hay algo demoníaco en esos ojos, como si un poder maligno hubiera impulsado la mano del artista.



"Todos fijaron sus miradas en el cuadro, y comprobaron la verdad de estas palabras. Mi padre se precipitó hacia su obra para ver si era justa esa afrentosa observación, y vio con espanto que había dado a todas sus figuras los ojos del usurero. Le miraban de un modo tan satánico y aniquilador, que él mismo se estremeció involuntariamente.

"El cuadro fue rechazado, y con gran disgusto por parte suya, tuvo que ver cómo su discípulo se llevaba el premio. No se puede describir con qué rabia llegó a casa. Por poco pega a mi madre, echó a los hijos, rompió los pinceles y los caballetes, se abalanzó sobre el retrato del usurero, lo descolgó de la pared, se hizo traer un cuchillo y mandó encender el fuego en la chimenea. Tenía intención de cortarlo en pedazos y echarlo al fuego. En el momento que se disponía a llevar a cabo su propósito, le sorprendió un amigo que acababa de entrar en la habitación.

"También era pintor, hombre alegre, siempre contento de sí mismo y sin grandes aspiraciones, que emprendía con alegría todos los trabajos que se le ofrecían y era muy amigo de la comida y de la bebida.

"—¿Qué haces? ¿Qué te propones quemar? —Exclamó, acercándose al retrato—. ¡Pero si es una de tus mejores obras! Es el usurero que murió hace poco. ¡Es una obra magnífica! No sólo acertaste el parecido, sino que penetraste en sus ojos, por decirlo así. ¡Ni aun en su vida había en ellos tanta expresión como en tu obra!



"—¡Ya veremos cómo me van a mirar desde el fuego! —dijo mi padre, haciendo un movimiento para arrojar el retrato a la chimenea.

"—¡Por Dios, espera! —exclamó deteniéndole—. Dámelo a mí, si es que te molesta.

"Mi padre se negó al principio, mas luego acabó por ceder, y el alegre amigo, contentísimo de su adquisición se lo llevó.

"En cuanto se marchó el amigo, mi padre se sintió mucho más tranquilo, como si al deshacerse del retrato se le hubiera quitado el peso que tenía en el alma.

"Él mismo se extrañó de su ira, de su envidia y de aquel cambio tan nefasto que sufrió su carácter. Después de reflexionar largo rato sobre lo que había hecho se quedó todo afligido, y no sin profundo pesar, dijo:

"—¡No! ¡Fue un castigo de Dios! Merecí que mi cuadro fuese rechazado. Un diabólico sentimiento de envidia impulsó mi pincel, y por eso había de reflejarse en el cuadro.

"Inmediatamente se fue en busca de su ex discípulo, le abrazó efusivamente, le pidió perdón y procuró reparar la injusticia en la medida de lo posible. Los encargos seguían afluyendo como antes, pero a partir de entonces se observó a menudo una expresión pensativa en su rostro. Rezaba con gran frecuencia, era mucho más taciturno que antes y ya no se expresaba en



términos tan ásperos al opinar de la gente. Hasta parecía haber perdido la brusquedad exterior.

"Al poco tiempo sobrevino algo que le afectó profundamente. Hacía tiempo que no veía al amigo a quien regalara el retrato, y ya se disponía a hacerle una visita, cuando un día aquél entró de improviso en su habitación:

"— ¡Sí, hermano, tenías razón! No por nada quisiste quemar el retrato. ¡Que se lo lleve el demonio! ¡Tiene en sí algo horrible!... No creo en brujerías, pero digan lo que quieran, estoy seguro que el Maligno está en él.

"— ¿Por qué? —le preguntó mi padre.

"—Desde que colgué ese cuadro en casa siento algo así como una angustia terrible, como si tuviera intención de asesinar a una persona. En mi vida he sabido lo que es el insomnio, pero ahora no sólo lo experimento, sino que incluso tengo sueños... ¡Bueno, sueños! Pero no de esos..., ¿sabes?... Es decir, no sé si sólo son sueños o algo más; es como si un espíritu maligno intentara estrangularme... ¡El maldito viejo anda siempre por la habitación! En una palabra, no puedo expresarte mi estado de ánimo. Nunca me ha pasado cosa semejante. Anduve como un loco durante todos aquellos días. Sentía miedo y esperaba siempre algo terrible, me parecía que no podía decir a nadie una palabra alegre o sincera, pues siempre a mi lado había un espía acechándome. Sólo después de haber regalado el retrato a mi sobrino, que me lo pidió, tengo la sensación de haberme



quitado un peso de encima. ¡Como ves, de nuevo me siento alegre! ¡Ay, amigo mío! Creaste un verdadero demonio.

"Mi padre escuchó con suma atención ese relato y luego le preguntó:

"—El retrato, ¿lo tiene ahora tu sobrino?

"—¡Qué va a tenerlo mi sobrino! Tampoco lo aguantó —replicó el bromista—. El alma misma del usurero parece haber transmigrado al retrato; el usurero sale saltando del marco, da vueltas por la habitación. Todo lo que me contó mi sobrino es casi inverosímil. Yo le hubiera tomado por un loco, de no haberlo experimentado yo mismo. Mi sobrino vendió el retrato a un coleccionista de cuadros, que a su vez se lo endosó a alguien.

"Estas palabras le causaron gran impresión. Se sumió en cavilaciones, se volvió melancólico y por fin llegó a convencerse de que su pincel había servido de instrumento al diablo, y de que, efectivamente, la vida del usurero había pasado en parte al retrato e inquietaba ahora a la gente, despertando en ella sentimientos demoniacos, apartando a los artistas de su camino y provocando en ellos excesos de envidia, de... etcétera...

Tres desgracias no tardaron en caer sobre él: la muerte repentina de su esposa, de su hija y de su hijo menor le hicieron creer que era un castigo del cielo.



"Decidió retirarse. Cuando cumplí nueve años me hizo ingresar en la Academia de Bellas Artes, y una vez liquidadas sus cuentas con sus deudores, se retiró a un monasterio solitario, donde no tardó en tomar el hábito. Allí asombró a todos los hermanos por la austeridad de su vida y el cumplimiento de las reglas.

"Cuando el prior se enteró de que mi padre era un gran artista, le encargó pintar el retablo para el altar mayor de la iglesia del monasterio. Pero el humilde y piadoso hermano declaró categóricamente que era indigno de manejar el pincel, pues lo había profanado, y que antes debía purificar su alma por medio de grandes sacrificios y privaciones para volver a ser digno de encargarse de semejante obra.

"No quisieron obligarle. Él por su parte, hacía cuanto estaba en su poder para volver aún más rigurosa la regla austera de la vida monacal.

"Pero pronto le pareció insuficiente y demasiado poco severa. Se retiró, con la bendición del prior, a la soledad. Se construyó una choza de ramas y se alimentaba sólo de raíces crudas; llevaba piedras de una parte a otra, permanecía en pleno día al sol, sin moverse de su sitio, con los brazos levantados, murmurando oraciones desde la salida hasta la puesta del sol. En una palabra: se sometía a toda clase de pruebas de paciencia y se imponía todas las renunciaciones y sacrificios que sólo podemos hallar en los santos.



"De este modo, durante algunos años, castigó su cuerpo y al mismo tiempo lo fortaleció por medio del poder vivificante de las oraciones. Finalmente, un día reapareció en el monasterio y dijo con resolución al prior:

"— Ahora estoy dispuesto. Y si Dios lo quiere, cumpliré con mi trabajo.

"El tema que eligió era la natividad de nuestro Señor. Se pasó un año entero trabajando en esta obra, sin abandonar su celda, alimentándose con extrema frugalidad y rezando continuamente. Transcurrido aquel tiempo, el cuadro estaba acabado y, en efecto, era una maravilla pictórica.

"Es preciso advertir que ni los hermanos ni el prior eran muy entendidos en pintura; pero todos quedaron sorprendidos de la extraordinaria pureza y santidad de las imágenes. Una divina humildad e indulgencia se reflejaba en el rostro de la Santísima Madre de Dios, que se inclinaba sobre su Hijo; un profundo conocimiento en los ojos del Divino Niño, que parecía comprender ya algo del porvenir; solemne mutismo por parte de los Reyes, que, embargados por el milagro divino, se hallaban postrados ante el Niño, y por último, un silencio sagrado indescriptible que invadía el cuadro entero. Todo esto unido a un vigor y una fuerza de belleza tan armónica, causaban un efecto casi mágico.

"Los hermanos se arrodillaron ante el nuevo cuadro, y el prior, todo emocionado, dijo:



"¡—No! ¡Es imposible que un hombre haya sido capaz de pintar semejante cuadro sólo con el arte humano! Una fuerza superior y sagrada manejó tu pincel. ¡La bendición del cielo está en tu obra!

"Por aquel entonces acabé mis estudios en la Academia y salí premiado con la medalla de oro y lleno de esperanzas ante la perspectiva de un viaje de estudio a Italia, que es el sueño dorado de todo artista de veinte años. Sólo tenía que despedirme de mi padre, del cual vivía separado desde hacía doce años. He de confesar que desde hacía mucho tiempo su imagen se había borrado en mi memoria. Había oído hablar de la austeridad y santidad de su vida, y me preparaba ya a ver la áspera figura de un ermitaño extenuado y enjuto a consecuencia de los eternos ayunos y vigiliias, para quien no existe en el mundo más que su celda y sus rezos.

"Quedé asombrado al encontrarme con un anciano hermoso, casi divino. Su rostro no traslucía la menor huella de cansancio y en él sólo resplandecía la nítida alegría celestial. La barba, blanca como la nieve, y el cabello, muy ralo, casi etéreo y del mismo color de la plata, le cubrían pintorescamente el pecho y los pliegues de su sotana negra, y descendían hasta el cordón con que se ceñía su humilde hábito. Pero lo que más me sorprendió fueron las palabras que pronunció acerca del arte, y que confieso pienso conservar en mi alma durante mucho tiempo, y deseo sinceramente que cada uno de mis colegas haga otro tanto:



"—Te esperaba, hijo mío —me dijo al acercarme para recibir su bendición. Tienes delante de ti un camino que debes seguir toda tu vida. Es un camino limpio; no te desvíes de él. Posees talento; pero el talento es un don divino, el más precioso. Por lo tanto, no debes echarlo a perder. ¡Examina, estudia todo lo que veas! Somételo a tu pincel, pero siempre en todo has de descubrir lo más íntimo, debes averiguar el profundo misterio de la creación. ¡Dichoso aquel que ha sido escogido para revelarlo! ¡Para él no hay motivo común en la naturaleza! ¡Un verdadero artista creador es igual de sublime en lo humilde como en lo grande! En lo despreciable, deja de serlo, ya que es iluminado por el alma maravillosa del Creador y adquiere una expresión sublime al pasar por su mano cristalina. El anticipo del paraíso futuro de los cielos reside para el hombre en el arte, y sólo por esa razón es superior a todo lo demás.

"Así como la solemne tranquilidad es superior a toda emoción mundana, la producción a la destrucción, y el ángel, sólo por la pura inocencia de su alma celestial, a todas las innumerables fuerzas y orgullosas pasiones de Satanás, así por encima de todo cuanto hay de sublime en el mundo está la obra de arte. Debes sacrificar todo por ella, debes amarla con todo el ardor de tu alma, no con la pasión encendida de deseos humanos, sino con una pasión silenciosa y celestial; sin ella el hombre no puede elevarse sobre la tierra y es incapaz de producir la maravillosa armonía que infunde la paz a nuestros corazones. Y para traer al mundo el apaciguamiento y la reconciliación desciende del cielo la sublime creación del arte.



"Nunca puede promover indignación en el alma, sino que, al igual que la oración, se eleva siempre a Dios. Sin embargo, hay momentos, momentos tenebrosos –se interrumpió y vi ensombrecerse su rostro sereno, como si una nube momentánea pasara sobre él–. Hubo un caso en mi vida –prosiguió– hasta hoy en día no sé con certeza quién era el extraño personaje cuyo retrato pinté por aquel entonces. Fue como una aparición diabólica. No ignoro que el mundo niega la existencia del diablo, así es que no voy a hablar de él.

Sólo diré que pinté con gran repugnancia el retrato de aquel hombre y trabajé en él sin ninguna alegría ni entusiasmo. Tuve que esforzarme para hacerlo. Intenté no hacer caso a mis sentimientos y procuré ser fiel al natural. No creé una obra de arte, y por eso los sentimientos que experimentaron las personas que contemplaron el retrato son sentimientos sediciosos y de inquietud, no son emociones artísticas, porque el artista conserva la calma aun en la reproducción de la pasión.

"He oído decir que este retrato pasa de mano en mano, que causa impresiones torturadoras y hace brotar en los artistas sentimientos de envidia, de torpe odio a sus colegas, así como el instinto maligno de persecución y opresión. ¡Que el Santísimo te preserve de semejantes pasiones! No hay nada más horrible. Más vale cargar con todas las amarguras del perseguido que hacer el menor mal al prójimo. ¡Salva la pureza de tu alma! El que está dotado de talento debe tener el alma más pura y más noble que todos los demás. A ellos se les perdonan muchas cosas. A quien sale de casa con un limpio traje de fiesta y le salpica un coche un poco de barro al pasar, al instante le rodea



una multitud de personas señalándole con el dedo y criticando su negligencia, mientras que estas mismas personas no reparan en las manchas que tiene uno que lleva un traje de diario y que por eso no llama la atención.

"Dicho esto, me bendijo y me abrazó. Nunca en mi vida me sentí tan reconfortado como aquel día. Con profunda devoción, más que con respeto filial, me estreché contra su pecho y besé sus lacias canas plateadas.

"Una lágrima brilló en sus ojos.

—"Quiero que me hagas un favor, hijo mío —dijo al despedirse—. Quizá por casualidad encuentres algún día el retrato del que te hablé. Seguramente podrás reconocerlo por los ojos excepcionales y por su expresión sobrenatural. Debes destruirlo sea como sea..."

—Ustedes mismos podrán juzgar si podía negarme a prometérselo solemnemente. Le juré cumplir su ruego. Durante quince años no pude descubrir nada que correspondiera en algo a la descripción hecha por mi padre, cuando, de repente, ahora en esta subasta...

El artista no acabó la frase, se volvió hacia la pared para mirar de nuevo el cuadro, y todos los que habían escuchado atentamente el relato hicieron lo mismo instintivamente y buscaron con la mirada el misterioso retrato. Pero, con gran sorpresa, no hallaron nada en la pared.

Se levantó un murmullo y cuchicheo entre los asistentes, y acto seguido se propagó por la sala con la rapidez de un rayo la



palabra *robado*. Por lo visto, mientras todos estaban pendientes del relato del artista, alguien aprovechó este momento y robó el retrato. Todavía mucho tiempo después todos los asistentes permanecieron estupefactos, dudando si en realidad habían visto aquellos ojos extraños o si sólo se trataba de un sueño, de un juego de la vista, cansada de contemplar tantos cuadros antiguos.

-----

